



La decisión de abortar:
entre la necesidad y la culpa

Créditos

Una publicación del
Programa Feminista La Corriente
Año 2011

Informe elaborado por:

María Teresa Blandón Gadea
Coordinadora de Investigación.

Colaboración en el análisis de la información:
Ana María Escampini Monterrey

Diseño y diagramación:
Ventana Verde Comunicaciones

Con el apoyo financiero de:



*“Ya decíamos que el aborto es difícil...y que por supuesto
tiene que ver con el abuso de poder que ejercen los hombres
con las mujeres...y la ingenuidad con la que actuamos
nosotras: tengo la relación y digo tal vez no salga...lo voy a
hacer y ojalá que no salga...lo dejamos en manos de la divina
providencia...”*

Dedicamos esta investigación a todas las mujeres que desafiando las maldiciones milenarias escritas por los patriarcas de todos los tiempos, se han atrevido a decidir por ellas mismas; es decir, se han vuelto libres a pesar de las culpas con que las obligan a pagar semejante osadía.

Índice

I. Presentación	7
II. Metodología	9
III. Marco Teórico	11
IV. Prejuicios y mitos sobre la sexualidad y sus consecuencias en la vida de las mujeres jóvenes.	28
V. Algunas conclusiones	58
VI. Lista de referencias	61

I. Presentación

Esta investigación tiene como propósito recuperar las experiencias y reflexiones de mujeres jóvenes y adultas que en algún momento se han visto en la necesidad de recurrir a un aborto ya sea para sí mismas o para apoyar a otras mujeres.

Fue pensada por el equipo del Programa Feminista La Corriente tomando en consideración que el embarazo no deseado representa uno de los principales temores, pero también uno de los principales obstáculos para el disfrute de la sexualidad de las mujeres. Cuando en los talleres de reflexión que desarrollamos con hombres y mujeres jóvenes les preguntamos cuáles son los principales temores acerca de la vivencia de su sexualidad, destacan invariablemente el VIH y el riesgo de un embarazo.

A pesar del predominio de las ideas que subordinan el placer sexual a la reproducción, las y los jóvenes en la actualidad saben que es posible separar -y de hecho lo hacen- la sexualidad de la reproducción como dos dimensiones que solo se conjugan cuando están mediadas por el deseo tanto de los hombres como de las mujeres vinculados en una relación.

El embarazo que ocurre por accidente, por el fallo de un método anticonceptivo, por ignorancia, por falta de información, por miedo a decir que no, por falta de negociación en la pareja, por falta de previsión, por improvisación, porque simplemente es un hecho cotidiano de la vida en donde no es posible tener todo bajo control; se presenta el aborto como alternativa, si bien en una dura confrontación con las ideas que sostienen que “abortar es matar”, como condena rotunda e inapelable que no deja escapatoria moral ni legal.

Las organizaciones feministas hemos defendido el derecho al aborto porque somos parte de esta experiencia conflictiva que atraviesa a miles de mujeres en algún momento de sus vidas; por ello nos preocupa que existan personas e instituciones que alejadas de la experiencia del aborto, condenen a las mujeres que recurren a este.

Por ello, nos propusimos una investigación en las propias mujeres que han abortado para que hablen sobre su experiencia, porque es en sus cuerpos físicos y emocionales en donde se experimenta un embarazo no deseado, son ellas las que se enfrentan al desconcierto de una menstruación que no termina de bajar después de la última relación sexual con penetración; son ellas las



que se enfrentan al resultado “positivo”, son ellas las que se pasan horas, días, noches enteras sopesando la decisión que deben/quieren tomar, envueltas en una vorágine de dudas, conflictos, temores, especulaciones; son ellas las que finalmente deciden interrumpir un embarazo, con sus razones, con las únicas que tienen, enfrentándose a todas las voces que las enjuician, las culpan, las condenan por haber tomado esa decisión y no la otra, aquella que se corresponde con los mandatos patriarcales de la maternidad.

Somos conscientes de la importancia de hablar con responsabilidad sobre los dilemas que han enfrentado las mujeres de todos los tiempos y las jóvenes en particular, cuando se enfrentan al embarazo como un hecho fortuito que pone en riesgo no solo el conjunto de su proyecto de vida, sino, el tipo y la calidad de las relaciones establecidas con la familia, la pareja, el entorno.

Es nuestro deseo que este material sea útil para reflexionar sobre la complejidad del embarazo no deseado y sobre el aborto, como un problema que si bien afecta de manera particular a las jóvenes mujeres, atañe directamente a los hombres que participan en el embarazo, a las familias que por acción u omisión no preparan a sus hijos e hijas para la sexualidad, a las instituciones del Estado que no cumplen con la responsabilidad de la educación y la prevención, a las instituciones religiosas que se oponen a la educación sexual, al uso de métodos anticonceptivos seguros y a la interrupción del embarazo sin excepción.

El aborto no es un hecho que atañe únicamente a la mujer y la(s) persona (s) que le colaboran, toda vez que el mismo ocurre en determinados contextos en donde interviene una multiplicidad de actores y de voces. El contexto nicaragüense al igual que el de muchos países de la región está atravesado por modelos autoritarios de educación, fanatismos religiosos, sexismo y misoginia, ignorancia sobre la sexualidad, servicios públicos precarios, violencia sexual, pobreza generalizada.

Esta realidad más bien adversa, no podrá ser transformada a menos que el conjunto de la sociedad, las personas individuales y las instituciones públicas y privadas asuman la responsabilidad que les corresponde en la construcción de nuevos valores que afirman la sexualidad y la reproducción como dimensiones que deben ser vividas en un ambiente de libertad, igualdad y responsabilidad.

Mientras tanto, sería un avance significativo que quienes lean esta investigación, reflexionen con base en sus particulares experiencias y compartan con otras personas cercanas a sus vidas cotidianas la necesidad de encontrar alternativas razonables para enfrentar el problema de los embarazos no deseados y del aborto realizado en condiciones de clandestinidad.

Agradecemos a todas las mujeres que estuvieron abiertas a compartir sus experiencias y reflexiones quienes, dado el ambiente de criminalización del aborto que prevalece en Nicaragua, deberemos mantener en el anonimato.

II. Metodología

Esta investigación que lleva por nombre: ***La decisión de abortar: entre la necesidad y la culpa*** fue realizada entre los meses de mayo del 2010- abril del 2011. El objetivo principal formulado por el equipo del Programa Feminista La Corriente es el de reflexionar y visibilizar la experiencia de aborto en jóvenes nicaragüenses con diversas identidades, en un contexto que niega la maternidad voluntaria como un derecho de todas las mujeres.

Con esta investigación pretendemos aportar a la reflexión sobre el aborto y los conflictos a los que se enfrenta una mujer que se ve en la necesidad de interrumpir un embarazo en circunstancias adversas, que niegan el derecho de las mujeres (y de los hombres) a decidir por sus potenciales de fecundidad y reproducción. Es también una crítica a las leyes aprobadas por el Estado de Nicaragua desde finales del año 2006 que criminalizan el aborto en todas sus formas, como medio de control y de intervención sobre el cuerpo de las mujeres, territorio material y simbólico en donde se asienta el poder patriarcal.

Tomando en cuenta todas las aristas que rodean la problemática del aborto tal y como se vive en nuestra sociedad, consideramos de suma importancia incluir dentro del diseño metodológico de la investigación unidades de análisis que nos permitieran analizar el conjunto de creencias que se han construido en torno a la maternidad y el cuerpo de las mujeres; la propia experiencia de las mujeres jóvenes en la vivencia de la sexualidad y el papel de los hombres en la ocurrencia o prevención del embarazo; la experiencia del aborto y las vías que han encontrado las mujeres para incorporar esta experiencia en sus vidas.

El equipo que participó en esta investigación se propuso ahondar en la experiencia de las mujeres que han participado en la interrupción de un embarazo ya sea como protagonistas o como acompañantes solidarias de mujeres que han necesitado recurrir a un aborto, para conocer de qué manera han vivido, reflexionado e incorporado esta experiencia en sus vidas. Es también una manera de continuar resistiendo los embates de los fundamentalismos religiosos y políticos que predominan en la clase política de nuestro país, así como, una contribución en la identificación de pistas que nos permitan mejorar nuestros enfoques y metodologías en la defensa de la maternidad voluntaria, la prevención del embarazo no deseado y el aborto seguro.



El universo seleccionado incluye a mujeres jóvenes entre los 18 y 32 años de edad; mujeres de mediana edad entre 40 y 52 años; mujeres con diferentes niveles de formación; mujeres urbanas; rurales; costeñas; mujeres con discapacidad; mujeres que no son madres y mujeres que tienen hijos e hijas. En una de las entrevistas contamos con la participación de la pareja de una de las jóvenes entrevistadas ya que ambos decidieron hacer conjuntamente la entrevista y nosotras respetamos esta decisión.

Lamentablemente no pudimos contar con la participación de mujeres afrodescendientes e indígenas en parte por falta de tiempo para seleccionar a mujeres que respondieran a los criterios seleccionados, pero también por la dificultad de encontrar jóvenes que estuviesen dispuestas a hablar de esta experiencia.

Se realizaron 9 entrevistas a profundidad con jóvenes y un grupo focal con la participación de cinco mujeres adultas y jóvenes, para un total de 14 mujeres entrevistadas. Las mujeres que participaron en el grupo focal pertenecen a organizaciones feministas de diferentes regiones de país.

Todas las mujeres entrevistadas fueron previamente seleccionadas con un criterio básico, a saber: tener experiencias directas con el aborto, ya sea por haber interrumpido un embarazo o haber acompañado a otra(s) mujer(es).

Por razones obvias, los nombres de las mujeres que accedieron a participar en esta investigación, no fueron nombradas con nombres propios.

III. Marco Teórico

Aprendiendo a sospechar del cuerpo

El cuerpo de las personas en general y el de las mujeres en particular, se ha construido a lo largo de los siglos y en diferentes culturas como una entidad conflictiva y ambigua. En la cultura de Occidente por un lado nos han enseñado a alimentarlo, limpiarlo, vestirlo, celebrarlo, observarlo cual carta de presentación para múltiples transacciones; por otro lado, nos han enseñado a mantenerlo bajo control, disimularlo, denigrarlo, esconderlo de las miradas que ven en los cuerpos las fuentes de todos los males del mundo.

Aunque vivimos con y para estos cuerpos con los que hemos nacido, tenemos pocas oportunidades para reflexionar sobre los significados socioculturales que pesan sobre el conjunto de los cuerpos humanos; desconocemos la evolución de los relatos míticos, de las creencias, de las sanciones legales que han ido modelando los hechos cotidianos de los cuerpos, particularmente en el ámbito de la sexualidad y la reproducción.

Vivimos nuestros cuerpos como un hecho biológico innegable, pero no sabemos cómo el propio cuerpo y los otros cuerpos han llegado a ser lo que son, creer en lo que creen, hacer -o dejar de hacer- lo que hacen; desconocemos el peso que la cultura, la religión y las leyes tienen sobre los cuerpos infantiles, jóvenes y viejos, sobre los cuerpos de mujeres y de hombres, sobre los cuerpos blancos, mestizos, negros, indígenas; sobre los cuerpos pobres; sobre los cuerpos con discapacidad.

Sociedades como la nuestra han estado más expuestas al pensamiento mágico que a la evolución de la ciencia y el derecho; por ello la gran mayoría de las personas saben más de los relatos bíblicos sobre el cuerpo al punto de convertirlos en la principal y frecuentemente la única referencia moral desde donde se clasifica el sentido del bien y del mal, de normalidad y anormalidad del cuerpo y sus deseos. En cualquier conversación cotidiana sobre el placer erótico, la homosexualidad, la maternidad, el aborto, el “argumento” por excelencia apela a los juicios y sentencias bíblicas que hace miles de años establecieron cómo debería sentirse, pensarse y actuar sobre el propio cuerpo, pero también sobre los demás cuerpos.



Muchas personas encuentran en los relatos religiosos más conservadores sus fuentes de referencia para clasificar -al menos teóricamente- las bondades y los pecados del cuerpo. Como señala Guillebaud (1998) citada por Juliano (s.f):

“El rechazo de la parte femenina de la idea de Dios implicaba el rechazo a la naturaleza (que quedaba disponible para ser explotada). Y el rechazo al cuerpo, sujeto a mortificación y ascesis. El desprecio al cuerpo pasado de lo sagrado a lo cotidiano. Este rechazo es una construcción cultural que ha tenido amplia vigencia en la cristiandad, pero era una elaboración anterior y formaba parte de la ideología de los estoicos y los esenios.”

Desde el punto de vista religioso, cita Juliano (s.f) a Le Goff and Truong (2005) señalan:

“la salvación pasa por una penitencia corporal abstinencia y continencia se hayan entre las virtudes más fuertes. La gula y la lujuria (y la pereza) son los mayores pecados capitales. El pecado original que figura en el Génesis como un pecado de orgullo y un desafío del hombre hacia Dios, se convierte en la Edad Media en un pecado sexual”. (p. 12-13)

La negación del placer y la reivindicación del dolor representan el núcleo duro de los relatos religiosos con mayor influencia en nuestras sociedades hasta el punto que el relato de la crucifixión de Jesús ha sido entendido como la máxima expresión de amor por la humanidad. Al respecto continúa diciendo Juliano: “Todo lo que puede dar placer es sospechoso de relajar el ideal. En contrapartida el dolor tiene mérito en sí mismo y es agradable a Dios, un Dios cruel que monta castigos infinitos para conductas puntuales...”.

Magli (1993), citada también por Juliano (s.f), señala:

“El cuerpo sacrificable es un cuerpo devaluado y el sacrificio es la base misma de este tipo de opción ideológica. La sacralización del sufrimiento implica asumir como necesaria y legítima la agresión a la integridad corporal, como se observa en las propuestas de mortificaciones y en los ejemplos masoquistas de la vida de los santos. Esto implica también una desvalorización de la vida y la integridad ajena...”

Las tradiciones religiosas que conocemos en el mundo Occidental son monoteístas y androcéntricas, es decir, construyen un mundo celestial como réplica de las jerarquías sociales organizadas con base en el género, por medio de las cuales los hombres ejercen “autoridad” sobre el conjunto de las mujeres.

Los relatos más ampliamente extendidos en nuestras sociedades continúan presentando el cuerpo como expresión de debilidad humana y al cuerpo de las

mujeres en particular, como un ente si bien inferior al hombre, capaz de engañarlo con toda suerte de artimañas. Al respecto dice Núñez Becerra (2002) en Juliano (s.f) :

“ El aspirante a santo, el hombre ideal capaz de despreciar y destrozar su cuerpo es sexuado y fracasa sistemáticamente en sus intentos de controlar o anular su sexualidad. Deposita la culpa y el pecado en su partenaire. La mujer, es consecuencia, es vista como impura y corruptora por naturaleza (por la naturaleza de los modelos masculinos). Una vez desplazada la culpa, el hombre puede entregarse a su propia “debilidad” sin remordimientos. Para este tipo de interpretaciones religiosas, la sexualidad es indigna y abyecta, pero el hombre cae en él, por la tentación de las mujeres, que son las verdaderamente impuras”

Desde esta visión que teme al cuerpo pero no puede evadirlo, la sexualidad es presentada como una especie de mal necesario para que la humanidad pueda reproducirse, pero también para que las mujeres puedan realizar su “verdadera” naturaleza, tal es la de engendrar hijos, parirlos y cuidarlos durante prolongados periodos de tiempo para luego ser depositados en los espacios públicos de socialización monopolizados por los hombres. Pero como en las sociedades “modernas” también emergen y se propagan ideas que reivindican el placer erótico como derecho y con el fin de que la sexualidad no se convierta en un poder transgresor frente las jerarquías de género, ha sido necesario atar el placer sexual al matrimonio heterosexual y a la reproducción como su fin en última instancia.

La sexualidad como placer, como goce en el intercambio erótico entre dos personas es asociada a la inmoralidad y la indecencia particularmente si se trata de las mujeres y de las personas homosexuales. Las mujeres se ven obligadas a negar o silenciar su erotismo por miedo a ser clasificadas como “malas mujeres”, de ahí que millones crean y defiendan la virginidad como verdadera ofrenda amorosa que las hace merecedoras del matrimonio heterosexual.

Paradójicamente en nuestras sociedades conviven ideas que intentan frenar la experimentación erótica de los cuerpos, con la emergencia de múltiples fuentes de estimulación de los sentidos con fines eróticos; resultan cada vez más cercanas a la vida cotidiana de niños, niñas, adolescentes y jóvenes las canciones elocuentes, la cadencia de los bailes, las modas “provocativas”, la televisión, el cine, los mensajes comerciales, el internet, los chistes, las conversaciones cotidianas, todo nos recuerda que tenemos un cuerpo lleno de sensualidad y de deseos. Así, en un permanente movimiento pendular los hombres y cada vez más mujeres transitan entre el deseo y la culpa, entre la vergüenza y el arrojio, entre el miedo y la transgresión, entre la castidad y el desenfreno, entre la prevención y el riesgo, entre el discurso moralista y la experimentación atrevida de la sexualidad.



En este ir y venir por los cuerpos eróticos y erotizados no ha resultado eficaz advertir (particularmente a adolescentes y jóvenes) de los peligros que “acechan” a todo tipo de encuentros sexuales. La pérdida de la virginidad y con ello la inevitable caída del supuesto valor de las mujeres; el peligro del VIH y de otras enfermedades de transmisión sexual, el embarazo no deseado no han resultado ser amenazas suficientemente “peligrosos” para evitar que la gente joven, pero también la gente adulta se relacionen íntimamente en la búsqueda del placer sexual.

Allá donde los encuentros sexuales se realizan de común acuerdo entre las personas involucradas, tendríamos que preguntarnos ¿por qué a pesar de las advertencias terroríficas en torno a la sexualidad, los hombres (y también muchas mujeres) continúan resistiéndose al uso del condón?, ¿Por qué adolescentes y jóvenes no buscan (o no encuentran) gente dispuesta a asesorarles en la prevención de riesgos?, ¿Por qué las personas adultas resultan frecuentemente las más inconvenientes para hablar de sexualidad, de enfermedades de transmisión sexual, de embarazos no deseados y de abortos?

¿Será porque estas mismas personas adultas atravesadas por la represión y la culpa, se han auto asignado la función de defensores de la moral sexual única?, ¿Será porque continúan creyendo que una buena educación requiere del control sobre el cuerpo de los “otros” pero sobre todo de las “otras”?, ¿Será porque en verdad se considera que el deseo erótico es un pecado y básicamente una fuente de peligro?, ¿Será por una lamentable confusión entre violencia y placer?

Tanto las mujeres entrevistadas como decenas de jóvenes de ambos sexos que han participado en actividades de reflexión promovidos por las organizaciones feministas nos recuerdan con sus relatos vivenciales que sus primeros encuentros con el propio cuerpo están atravesados por prejuicios y temores muy antiguos: es pecado masturbarse, es malo tener fantasías eróticas, es peligroso besar al novio, es malo que dos niños varones jueguen cuerpo a cuerpo, es indecente que una muchacha busque a su enamorado, es malo que las muchachas vayan solas a una fiesta, es indecente que las mujeres se vistan de manera “llamativa”, es malo que las chavalas se muestren “fáciles” frente a las invitaciones sexuales de un hombre.

Si todos los mensajes que niegan, ocultan, reprimen la sexualidad discurren y son promovidos en el seno de las familias, en las escuelas, en las iglesias, ¿a dónde debemos volver la mirada para procurar una verdadera educación sexual que siendo efectiva en la prevención de riesgos, no dañe la comprensión de la sexualidad y particularmente del placer erótico como una dimensión profundamente humana?

La vida de hombres y mujeres está rodeada de imágenes y actos eróticos que invitan a la vivencia del placer como hecho inherente, por esto la “mala educación” recibida a lo largo de la vida resulta la fuente de todos los problemas

que queremos evitar. Como no se trata de volverle la espalda al cuerpo sino de reconocerlo como un cuerpo humano complejo y sensible, debemos encontrar nuevos referentes éticos y nuevas fuentes de información que recuperen y fomenten el respeto por las ideas, los gustos, las preferencias y las decisiones que se adopten en el ámbito de la sexualidad y de la reproducción.

La falta de equivalencia entre maternidad y paternidad

Diversas autoras que han problematizado sobre la maternidad en tanto fenómeno discursivo y práctica social nos invitan a sospechar de las interpretaciones esencialistas que presentan la maternidad como un hecho “natural”, universal e inmutable. Un claro indicio de la interiorización del supuesto que todas las mujeres poseemos un “instinto” materno es que muy pocas veces se indaga las razones por las cuales las mujeres quieren ser madres; esto es así porque la maternidad se construye sobre una serie de sobrentendidos incuestionables sin que haya una profunda comprensión de sus implicaciones y consecuencias.

Si bien en el feminismo hay una amplia coincidencia de la importancia que la maternidad tiene en la vida de las mujeres y de la necesidad de reconocerla y defenderla como una dimensión de su autodeterminación, nos continuamos interrogando respecto de la autenticidad del deseo de la maternidad en sociedades que educan a todas las mujeres para ver en la maternidad la principal fuente de realización de la femineidad. Como afirma Elizabeth Badinter (1991) citada por Martha Mojsuk (s.f):

“Hemos concebido durante tanto tiempo el amor maternal en términos de instinto, que de buena gana creemos que se trata de un comportamiento arraigado en la naturaleza de la mujer cualquiera sea el tiempo y el espacio que la rodean. Creemos que al convertirse en madre la mujer encuentra en ella misma todas las respuestas a su nueva condición. Como si se tratara de una actividad preformada, automática y necesaria que solo espera la oportunidad de ejercerse. Como la procreación es natural, nos imaginamos que al fenómeno biológico y fisiológico del embarazo debe corresponder una actitud maternal determinada” (p.12)

Muchas mujeres afirman haber reconocido la emergencia del “deseo” de ser madres en edades tempranas de sus vidas, lo cual resulta comprensible si tomamos en cuenta que las madres y en general las mujeres que participan en la educación de las niñas, las inducen a pensar la maternidad como un hecho inevitable y por tanto incorporado en sus planes de vida. En la medida que las mujeres madres se ubican a sí mismas como modelo de femineidad digno de imitar la mayoría de las niñas querrán ser como ellas. Como señala Branciforte (s.f. :42) “Las representaciones como producción simbólica creadas por la cultura



y el porvenir histórico han hecho de una posibilidad biológica: la maternidad, un ideal identitario. Eso ha contribuido a que, a menudo, la feminidad llegase a coincidir con la maternidad”.

Desde esta perspectiva no podríamos entender las decisiones reproductivas como un deseo “genuino”, sino como la conjunción de factores sociales, culturales e individuales históricamente contextualizados que construyen o excluyen el deseo de la maternidad/paternidad. Tal como señala Elina Carril (2000): “Detrás de estas decisiones, siempre están presentes determinantes inconscientes, resultantes de las circunstancias histórico biográficas de cada quien y de aquellas provenientes del contexto histórico social “.

El debate sobre la maternidad y la paternidad tiene importancia en sí mismo ya que representa una decisión de vital importancia en la vida de las mujeres y de los hombres concretos, pero también en términos colectivos ya que es la sociedad en su conjunto la que en un plano simbólico y cultural asume e impone el desafío de la reproducción de la especie humana para conjugar el miedo a su extinción, exigiéndole a las mujeres que cumplan su papel de engendrar, parir y cuidar a los nuevos seres humanos que se harán cargo del futuro de la humanidad.

Dado que en las sociedades patriarcales la maternidad se asocia principalmente al hecho biológico en un primer momento y a las tareas de cuidados a las criaturas por tiempos prolongados y que además, dicho trabajo ha sido “encomendado” casi exclusivamente a las mujeres, el debate sobre la reproducción y la maternidad está directamente articulado con el lugar que las mujeres ocupan en la sociedad. Las sociedades “modernas” asignan a las mujeres la tarea de pensarse madres aun desde edades muy tempranas, aceptar el embarazo y parir, hacerse cargo de las criaturas como tarea primordial, ocuparse de la educación sentimental de los hijos e hijas; pero dichas funciones precisamente por ser asignadas a un colectivo devaluado, inferiorizado y discriminado, no gozan de prestigio ni de reconocimiento social.

En tal sentido es que autoras como Victoria Sau (1994) hablan de la maternidad como una impostura:

“En tanto que madres las mujeres depositan las/los hijas/os en el seno de un orden social en cuya organización no han intervenido y que, además, las excluye de forma explícita...Las mujeres no hacen genealogía. No tienen nombre que transmitir porque carecen de nombre propio La maternidad no genera instituciones -solo edificios a los que se va a parir-...La familia, la más primaria y que al menos por fenomenología pudiera corresponderle, es patriarcal...Las supuestas madres ceden al Estado, Padre de padres, el poder de vida y muerte sobre sus hijos/as. Otras instituciones como el Ejército y la Iglesia -la que sea- le siguen en importancia, así como todas las económicas, jurídica y sociales.” (p. 105-106)

La esencialización de la maternidad como hecho que convoca “naturalmente” a las mujeres, en contraposición con los supuestos valores masculinos que deben ser desarrollados en el espacio público, están en la base del menosprecio que la sociedad exhibe por la maternidad. Como señala Laura Branciforte (s.f):

“La perpetuación de forma consciente o inconsciente de la superioridad de unos valores definidos apriorísticamente como específicamente femeninos en el cuidado maternal (sensibilidad, sentido de responsabilidad, instinto maternal) en detrimento de unos masculinos, ejercidos en el espacio privado y proyectados en el público, siguen siendo la principal razón de la desaparición o desvalorización de los sujetos femeninos maternos.”

El discurso idealizado de la maternidad que convoca a las mujeres a intervenir en el espacio público principalmente como intermediarias de las necesidades de sus hijos es una de las características más sobresalientes de las instituciones sexistas y misóginas que niegan a las mujeres su condición de sujetos de derecho y la recluyen en el binomio madre-hijo en donde la primacía le corresponde a este último. Coincidimos con Branciforte cuando afirma que:

“...Las apelaciones a la maternidad se volvieron mucho más fuertes después de las guerras y durante la implantación y estabilización de los totalitarismos. La esquizofrenia de estos gobiernos totalitarios les empujó a buscar formulas ganadoras apoyándose en las mujeres ahora como madres protectoras de los regímenes.” (p.45)

En el mismo sentido señala Marta Mojsuk (s.f): “Así, la maternidad ha sido esgrimida para mantener a la mujer como objeto de un discurso público que la apartaba del poder a la vez que le adjudicaba la misión salvífica frente al mal.”

Bajo el predominio de la familia heterosexual hombres y mujeres encuentran en el vínculo madre-padre-hijos-hijas la confirmación y profundización del vínculo de pareja inicialmente motivado por la atracción y el enamoramiento. En tales casos se supone que ambos comparten los mismos sentimientos y expectativas acerca de la maternidad y la paternidad, aunque en la práctica se advierten importantes diferencias. Para algunas autoras feministas el deseo parental está sujeto a diferentes influencias atravesadas por las identidades de género que modelan el tipo de vínculos que madres y padres desarrollan con sus hijos e hijas. Los hombres continúan siendo vistos y actúan principalmente como proveedores de la madre y de los hijos y por ende liberados de la responsabilidad de participar regularmente en las tareas de cuidado; como señala Elina Carril (2000):

“Se impone de hecho, una profundización entre el espacio público y el privado, quedando los hombres como soberanos del público y las mujeres del privado. El modelo hegemónico de masculinidad incluye la producción de un padre y marido proveedor y ejecutor de la ley.”(p.3)



Para Carril el deseo parental no se construye de la misma manera ni tiene el mismo peso en hombres y mujeres: “El deseo parental es producto de un largo proceso que se gesta en la infancia, y está directamente relacionado con el desarrollo psicosexual de la niña/o niño y determinado por los procesos identificatorios con ambos padres”.

Tales identificaciones están organizadas a partir del género desde donde se construyen las representaciones sobre la masculinidad/femineidad y sobre la maternidad o la paternidad, de esta manera las niñas al identificarse con los “emblemas culturales de su género sexual”, querrían tener un hijo; en tanto el deseo de la maternidad estaría relacionado con el vínculo infantil que las niñas tienen con la madre que las llevan a querer ser como ellas. La autora señala que los niños desde la infancia se enfrentan a una experiencia diferente a la de las niñas, ya que si bien ambos serán objeto del cuidado y del afecto de la madre, es el padre quien se convertirá en modelo identitario encarnando los ideales masculinos de fuerza física, fortaleza emocional, manejo del dinero, toma de decisiones, ejercicio de la autoridad.

Por su parte el lugar que los hombres ocupan en la relación parental con los hijos(as) está en principio mediada por el vínculo afectivo con la madre “cuando este es el caso- además se construye a partir de referentes de masculinidad que asignan a los hombres el rol de “fundadores de una nueva familia”, proveedores materiales y fuentes de autoridad. En palabras de Carril los padres de las sociedades modernas:

“A la importancia de la transmisión del apellido, le agrega el amor por la madre: el hijo es fruto de este. Pero este ejercicio de la paternidad ha estado ligado a las obligaciones que esta implica y no a la satisfacción y alegría que puede brindar una relación tan próxima. Los padres modernos han estado ausentes en la vida de sus hijos tratándolos muchas veces con extrema severidad como una forma de transmitir la disciplina y autoridad que se han supuesto parte de su deberes.” (p.3)

Probablemente en este tipo de análisis podemos encontrar algunas explicaciones a ciertas actitudes de los padres frente a los hijos (as), frecuentemente marcada por la falta de expresividad afectiva, el abandono cuando ocurre una ruptura con la pareja; la autovaloración sobre el buen desempeño como padre centrada en factores como la responsabilidad en la satisfacción de necesidades materiales y en la capacidad de mantener a la familia bajo el orden de sus propios códigos morales, entre otros.

Algunas sociedades aunque lentamente reconocen la necesidad de desmontar viejos estereotipos que construyeron la imagen del padre proveedor y autoritario dueño de sus familias, alentando la apropiación de nuevos significados -por cierto más cercana a la maternidad- en donde el afecto, la comunicación, el cuidado cotidiano formen parte del ejercicio de la paternidad, aportando con ello no

solo al bienestar de hijas e hijos, sino a la construcción de un nuevo modelo de masculinidad que coadyuve a la democratización de la vida cotidiana.

La maternidad como acto sacrificial

La idealización de la maternidad como un hecho sublime carente de fracturas sirve para encubrir las dimensiones opresivas que también encarna, toda vez que las mujeres ejercen la maternidad en sociedades donde prevalecen las desigualdades y la subordinación de las mujeres, agravado por la violencia sexista y la pobreza. Esta idealización también es útil para obligar a todas las mujeres a asumir estoicamente los sacrificios implicados en una maternidad que se desarrolla en condiciones de mucha adversidad sobre todo para las mujeres que en razón de su género, su clase, su origen étnico-racial padecen múltiples discriminaciones. Las mujeres en tales condiciones se ven obligadas a demandar reconocimiento social principalmente a través del vínculo con los hijos (as), es decir, a partir de su función maternal, perdiendo toda noción de individualidad.

Analizando la evolución de las ideas sobre la maternidad y el lugar que ocupan los hijos, autoras como Elina Carril nos comparte el siguiente recorrido:

“El ejercicio maternal entendido como un conjunto de prácticas basado fundamentalmente en el afecto que se supone emana de la biología y que conlleva necesariamente el sacrificio, el altruismo y el renunciamento a los logros personales, tuvo su máxima expresión desde mediados del siglo XIX hasta bien entrado el siglo XX (I. Badinter, 1980) y perdura hasta nuestros días en los sectores más tradicionales.” Sin embargo, reconoce que la importancia que se confiere a la madre no siempre ha estado supeditada y subordinada al bienestar de las criaturas: “...en la sociedad moderna, el niño ha llegado a tener una importancia suprema: para una madre ningún interés puede sobreponerse al bienestar de su hijo. Esta premisa conlleva ideales de sacrificio y altruismo que se incorporan al sistema de ideales y marcan los imperativos éticos y de cuidados del superyo femenino.” (p.2)

La imagen de la madre cuyo principal objetivo es el de satisfacer las necesidades de bienestar de sus criaturas (incluso acercándose a la edad adulta), que combina trabajo remunerado con el no remunerado, dispuesta a posponer otros proyectos personales en beneficio de los intereses de hijos e hijas, que extiende la responsabilidad del cuidado con nietos y nietas, continua siendo el modelo predominante en muchas de nuestras sociedades. Este modelo es alentado y reforzado por ideologías religiosas que ven en la maternidad una fuente de redención para las mujeres, pero también un medio eficaz para reproducir la educación en la fe, lo que a su vez permita mantener e incrementar el poder de las iglesias.



Por el contrario, las mujeres madres que logran ser “exitosas” como profesionales, líderes políticas, empresarias, científicas, siempre serán sospechosas de haber renegado al menos parcialmente de la maternidad como su función principal. Al respecto, es sumamente elocuente la presión que se ejerce hacia las mujeres con poder en el espacio público para que aseguren la “conciliación” entre su rol de madre y otras funciones públicas más asociadas con el rol de los hombres encargados de establecer las leyes.

Nuevos modelos de maternidad y paternidad

Las mujeres y muchos hombres son cada vez más conscientes de los dilemas que plantea la reproducción en sociedades en donde paradójicamente se amplían derechos (más formales que sustantivos) y oportunidades, pero a la vez se vuelve cada vez más precaria la vida hasta el punto de hacernos temer por la sostenibilidad del presente y del futuro de la humanidad.

Para muchas mujeres jóvenes el deseo de ser madre está entrecruzado con el deseo de realización de otros proyectos que frecuentemente no resultan compatibles. Las renunciaciones y postergaciones que implican hacerse cargo del cuidado de un ser humano (o varios) por tiempo prolongado, constituye uno de los principales conflictos que deben enfrentar las mujeres jóvenes en el proceso de decidir sobre la maternidad. Como señala Branciforte:

“Hoy en día sin embargo las mujeres han alcanzado individualidades que son expresión de caminos autónomos y polifacéticos y en cuya construcción identitaria la maternidad no adquiere, sino que por elección, un carácter primario en la construcción de la identidad femenina. De otra forma, la maternidad se presenta como una de las posibilidades que tienen las mujeres dentro de un marco libre y pluridentitario.” (p.49)

Si bien muchas mujeres jóvenes dejan latente la posibilidad de tener “al menos un hijo” en algún momento de su vida joven, la maternidad ya no representa la única meta de realización de la femineidad, por eso mismo los hijos y las hijas ya no ocupan todo el espacio vital en la vida de las mujeres. Ello implica que las jóvenes han construido -no sin una alta dosis de culpabilización generada a partir de mensajes conservadores que imponen un modelo ideal de madre-, nuevas dinámicas en el ejercicio de la maternidad capaces de combinar el cuidado responsable de las criaturas con la consecución de otros proyectos personales que responden a sus múltiples identidades como mujer.

En cualquier caso tanto las mujeres que han decidido resistir al mandato patriarcal de la maternidad denunciando la falacia del instinto materno, como aquellas que desde su experiencia como madres construyen nuevos modelos alejados de la madre sacrificada, son expresivas de las alternativas que han

construido las mujeres para desarticular los perversos arreglos patriarcales en el ámbito de la reproducción y la maternidad. Como señala Marta Mojzuk:

“El maternalismo como un corpus doctrinal y como práctica disciplinaria, muestra esa relación de carácter político entre la reproducción y el reparto de las asignaciones sociales condicionado por el género. Hacer que la maternidad signifique un posible devenir para las mujeres y no un punto fijo de partida para llegar a ser plenamente mujer es todo un proyecto de emancipación.” (p.6)

Pero desmontar el ideal de maternidad construido desde el patriarcado como negación de la autodeterminación de las mujeres, solo será posible si se desmontan los fundamentos de una masculinidad dominante que arrincona a las mujeres en el terreno del “instinto natural” en donde el deseo existe únicamente como fuerza irracional. Como señala Branciforte:

“El derrumbamiento de la identidad biológica y determinista que hasta ahora ha afectado la construcción de erróneas identidades femeninas, hace esperar que eso repercuta también en la caída de las tradicionales identidades masculinas. Es de auspiciar que la eliminación de la masculinidad tal y como la tradición la ha venido perpetuando, sea objeto de una más profundizada y futura reflexión, que aunque todavía existe en un estadio todavía imberbe, pueda pronto dar pie a una redefinición y/o eliminación del modelo dominante de masculinidad.” (p.51)

Por ahora todavía no resultan evidentes los cambios ocurridos en los hombres jóvenes en el ejercicio de una paternidad acorde y en proporción con los procesos de individuación de las mujeres; por el contrario para muchos hombres la paternidad continua referenciada por un lado al vínculo afectivo con la mujer-madre y por el otro al deber de proveer al hijo (ya no a la madre como en viejos tiempos), más que a la función nutricia y de cuidados. En esta disonancia encontramos la causa de los desencuentros entre parejas heterosexuales jóvenes particularmente de sectores de clase media urbana.

Recuperando la dimensión política de la maternidad

Recuperar la dimensión política de la maternidad significa negarla como destino y simultáneamente reconocerla como opción vital de las mujeres porque como señala Marta Mojzuk: “No es fundamentalismo creer que la maternidad es una opción primordial para la vida de las mujeres, pero sí pensar que debe organizar la vida de todas y cada una de ellas y que además es ineludible”.



Para esta autora aceptar como válida la negación de la maternidad significa poner es cuestión no solo el modelo ideal de madre, sino la propia identidad femenina reducida a la dimensión de madre:

“Significaría en este esquema reconocer que el proyecto vital de las mujeres reales puede disociarse de la construcción simbólica. Semejante disociación es una afrenta al sistema de valores dominantes y una ruptura de oposiciones entre los sexos, entre la cultura y la naturaleza. En palabras de Lozano (2001:129), el hecho que una mujer pueda constituirse como persona, como mujer corporal, sexual y políticamente sin ser madre plantea un revulsivo para la discusión sobre qué es la maternidad, pero también sobre lo que significa ser mujer y sobre la distribución asimétrica de valores masculinos y femeninos en nuestro contexto cultural.” (p. 28)

La ideología sobre la maternidad que construye modelos ideales desde donde se valora el desempeño concreto de las madres reales, se inscribe en determinados entornos socioculturales dominados por jerarquías sexuales y de género que niegan la capacidad de las mujeres a decidir en el ámbito de la reproducción. Es en ese sentido que autoras como Rodríguez Magda (1994:65) citada por Mojzuk propone abordar la maternidad como un problema de poder:

“El poder que se manifiesta como opresión y, sobre todo, como una normatividad que no nos prohíbe sino que incita a actuar, a producir, a hablar, generando una red finísima de dominación, un entramado poder/saber que penetra los cuerpos, las voces, las mentes y las vidas.” (p.13)

Es también en esa comprensión del carácter político de la maternidad que se debe analizar el papel que instituciones como las religiones, el Estado y las leyes desempeñan en la perpetuación de creencias y mitos que en última instancia niegan a las mujeres el derecho a elegir la vida que quieren vivir teniendo como principal parámetro sus propios deseos. Solo en la medida que las mujeres pueden elegir libremente la inclusión o exclusión de la maternidad en sus planes de vida, será posible hablar de la maternidad como una dimensión del proyecto emancipatorio de las mujeres.

El aborto como respuesta a embarazos y maternidades impuestas

El aborto es y ha sido una realidad de todos los tiempos no solo porque de acuerdo con la ciencia médica hasta el 40% de los embarazos terminan en abortos espontáneos, sino porque millones de mujeres de todas las clases sociales, edades y origen étnico racial en algún momento de sus vidas se han visto en la necesidad de interrumpir un embarazo.

Las mujeres han sido y continuarán siendo las principales protagonistas del aborto no solo porque es en sus cuerpos donde ocurre el embarazo y también el aborto, sino porque existe una antigua asociación que en virtud de la sacralización de la maternidad lleva a confundir embarazo con maternidad; sin embargo, tal y como afirma Elina Carril (2000:5): “un óvulo fecundado, un cuerpo embarazado, no alcanzan para construir una madre, así como un espermatozoide no hace a un padre.”

En cualquier caso resulta paradójico que mientras el Estado y las ideologías religiosas coinciden en afirmar que es responsabilidad de las madres (con o sin los padres) criar, sustentar y educar a sus hijos (as) como un asunto privado, en la polémica pública sobre el aborto ambas instituciones (una en nombre de la ley y otras en nombre de la fe) se arroguen el derecho de decidir si el aborto debe ser considerado como derecho o como delito. Como cita Laura Klein (2005):

“En la actual fase de desarrollo científico afirma Priscila Cohn, el embrión es una realidad absolutamente dependiente del cuerpo de la madre y nadie, salvo ella, puede asegurar su vida. El hecho de que una mujer se encuentre embarazada” consecuencia de un acto voluntario o involuntario- ¿lleva consigo la pérdida de los derechos a su propio cuerpo? Quienes se oponen a que aborte parecen sostener que una mujer posee su propio cuerpo siempre que *no* se halle embarazada. Este estado -exclusivamente femenino- sería la única excepción a la convicción de que el cuerpo es propio en un sentido...más íntimo y vital que cualquier otra propiedad.” (p. 82)

Como señalamos anteriormente, para miles de personas la ideología religiosa construida y reconstruida por el Vaticano representan la principal y frecuentemente la única fuente válida para la construcción de una determinada moralidad desde donde se conciben las nociones sobre el bien y el mal; en consecuencia uno de los mensajes que más duramente ha calado en la conciencia de la gente es la idea de que abortar es sinónimo de matar, en la comprensión que el embrión es una vida humana independientemente de la mujer y que debe ser protegida mas allá de la voluntad del cuerpo que lo alberga. Cuestionando esta postura Gustavo Ortiz Millán (2009) afirma que:

“El código genético no basta para dar la categoría de ser humano a algo o a alguien Pertener a una especie o tener un código genético determinado, en sí mismos, no tiene ningún valor moral, desde ningún punto de vista, pues es un mero hecho biológico que, por cierto, todos los seres vivos comparten.” (p. 49-50)



Asimismo, cuestiona las posturas de grupos conservadores extremos que pretenden asignarle a un feto la condición de persona en cualquier momento de su recorrido biológico desde el momento mismo de la fecundación:

“Decir que algo es una persona es ubicarlo en una categoría de entidades que tienen al menos algunas propiedades mentales o psicológicas, las cuales pueden plantearnos exigencias morales. Tratar de derivar el concepto de persona de una determinada estructura de ADN o de otras propiedades biológicas es cometer una falacia: la falacia naturalista, que consiste en querer derivar valor moral a partir de propiedades puramente naturales” (p.52)

En palabra de este autor: “Lo que hace que le otorguemos un valor importante a un ser humano es precisamente que le podemos atribuir toda una gama de predicados psicológicos, que van desde simples rasgos de sensibilidad hasta capacidades de pensamiento y emotivas muy complejas” (p.53).

Como no existe ninguna controversia en cuanto a que resulta condenable moral y legamente matar un ser humano cualquiera que este sea, el dilema pendiente se da en torno a si se debe dar al feto la entidad de ser humano y por ende concederle todo el valor y los derechos que tienen los seres humanos nacidos. Al respecto de esta polémica resulta sumamente clarificadora la cita de Róger Wertheimer, citado por Ortiz Millán (2009):

“Los costos sociales de las actuales leyes sobre el aborto son tan severos que solo la conservación de vidas humanas podría justificarlas: por lo tanto, para justificar esas leyes el Estado tiene que demostrar que el feto es un ser humano. Pero si esto no puede hacerse en absoluto, tampoco puede hacerlo el Estado; de manera que dichas leyes no pueden sino verse como una carga injustificable y, por lo tanto, como un ejercicio ilegítimo de poder” (p. 56)

La penalización del aborto tiene como objetivo inmediato castigar a las mujeres que recurren a un aborto, así como, persuadir a través de la amenaza a aquellas que en algún momento puedan pensar en recurrir a realizarse uno; pero en el largo plazo tiene como objetivo mantener a todas las mujeres atadas a la maternidad como acto “natural”, el cual debe ocurrir al margen del deseo y de la razón consciente de las mujeres. Se trata de educarlas en el abandono de su voluntad racional para decidir sobre una de las dimensiones centrales a su vida, tal es, la capacidad reproductiva que ocurre en su propio cuerpo.

Para los conservadores que exigen la penalización de aborto en todas sus formas, es secundaria toda consideración relativa a la vida y a los derechos de las mujeres; para ellos el feto en toda circunstancia tendrá el poder moral suficiente para derrotar a las mujeres que enfrentan un embarazo no deseado. Los

autollamados defensores de la vida aun en casos extremos, cuando las mujeres apelan a su derecho de proteger la salud y salvar la vida frente a un embarazo de alto riesgo asumen una postura cuando menos irracional al animar a las mujeres a que ofrezcan su propia en aras de proteger la vida del feto. Como señala Ortiz Millán: “Algunos conservadores dentro de la propia Iglesia católica sostienen que la mujer que muere al dar a luz se convierte en una imagen ejemplar de una maternidad bendecida y de un autosacrificio cristiano” (p.22).

En los casos antes aludidos, la vida de las mujeres carecería de toda importancia toda vez que debe ponerse al servicio de la perpetuación del mito de la maternidad como acto sacrificial agradable ante los ojos de Dios. Afortunadamente cada vez menos mujeres estarían dispuestas a prestarse a una suerte de invitación al suicidio, que por otro lado, ha sido condenado por las mismas religiones que exigen la inmolación de las mujeres embarazadas.

Aun en los grupos conservadores que han avanzado hacia ideas más moderadas expresando su acuerdo con excepciones a la penalización del aborto para proteger la salud y la vida de las mujeres, frente a embarazos por violación y/o fetos con malformaciones severas, su enconada oposición a la despenalización del aborto se da bajo el argumento de que las mujeres harían un mal uso de este derecho utilizando el aborto como método contraceptivo. Concordamos con la afirmación de Ortiz Millán respecto de la demostrada responsabilidad de las mujeres que recurren al aborto:

“Contrario a lo que dicen quienes apoyan la penalización, la mayoría de las veces estas mujeres están más conscientes de su imposibilidad para brindarle un mejor futuro a un posible hijo de lo que ellos quieren creer; y ciertamente están conscientes de los muchos problemas que un hijo no deseado traerían a sus vidas” (p.44)

A propósito de las paradojas presentes en los discursos conservadores que hablan en defensa de la vida resulta interesante preguntarse cómo logran las leyes patriarcales asignar la responsabilidad de proteger la vida, a un colectivo (el masculino) que a lo largo de la historia ha sido educado para tener una presencia más bien precaria e inconstante en las tareas de cuidado; para promover y participar activamente en las guerras más cruentas que conoce la historia de la humanidad; para acumular grandes capitales y con ello condenar a la muerte a millones de personas; para mostrar su anuencia de preparar a los jóvenes para acciones bélicas de todo tipo bajo argumentos tan disímiles como el de defender la “hombría” y la soberanía de la patria; para prescindir del vínculo con los hijos como consecuencia de las rupturas con las madres. Y aunque es claro que los comportamientos descritos no representan a todo el colectivo masculino, como tendencia dicho colectivo ha sido entrenado para disputarse el poder a través de la violencia.



En el debate sobre la despenalización del aborto más allá de la intervención política que han tenido algunas cúpulas religiosas en muchos países de América Latina para mantener leyes restrictivas que penalizan algunos o todos los tipos de aborto; en general, prevalecen en la clase política dos ideas complementarias y a la vez contradictorias respecto de la maternidad: una que la afirma como cualidad esencial de todas las mujeres; y la segunda, que no le reconoce a las mujeres capacidad alguna para decidir en materia reproductiva.

La moralidad de las leyes que penalizan el aborto se debe analizar a partir de dos criterios principales: “los efectos o las consecuencias que tiene la ley, y otra en términos de que la penalización del aborto puede, y de hecho así sucede, infringir los derechos de la mujer” (Ortiz Millán, 2009:39).

Para este autor una mala ley es aquella “que tiene más consecuencias negativas que positivas”, y así califica la ley que penaliza el aborto toda vez que “tiene más consecuencias negativas que positivas: en la mujer que quiere abortar, en la criatura no deseada y en la sociedad en general” (p.40).

Las leyes que penalizan el aborto parcial o totalmente no toman en cuenta las desigualdades de género que colocan a las mujeres en una posición desventajosa en relación a los hombres particularmente en el ámbito de la sexualidad; no ponderan el peso de las desigualdades de clase que ubican a las mujeres en los segmentos más empobrecidos de la sociedad; no reconocen el peso de racismo sobre la vida de las mujeres incluyendo la dimensión reproductiva; no hacen una reflexión responsable en torno a la violencia sexista que no solo distorsiona el verdadero sentido de los intercambios sexuales, sino que impone las consecuencias reproductivas no deseadas como una especie de castigo que en este caso deben pagar las víctimas.

Estas leyes que penalizan el aborto son además ineficaces porque tal y como lo constatan las estadísticas internacionales sobre salud reproductiva, los índices de mortalidad de mujeres por causas asociadas al embarazo en los países donde el aborto es legal son significativamente más bajos que en aquellos países donde prevalecen leyes punitivas.

Está suficientemente demostrado que la penalización del aborto no representa solución alguna al problema del aborto clandestino y sus posibles consecuencias sobre la vida y la salud de las mujeres; por el contrario, un abordaje responsable debe renunciar a cualquier pretensión de tutelaje y control del cuerpo de las mujeres. Cualquier ley que pretenda legitimidad deberá respetar la entidad de las mujeres como seres humanos con capacidad de decidir ante la disyuntiva de continuar un embarazo o interrumpirlo.

En el plano más cotidiano de las relaciones entre mujeres y hombres, también dependerá de estos últimos asumir la responsabilidad que les corresponde tanto en la prevención de los embarazos no deseados, como en la decisión

de interrumpir un embarazo cuando el mismo no forma parte de un proyecto común, preservando en última instancia el derecho de las mujeres a decidir sobre el propio cuerpo como espacio de libertad en tanto valor aplicable tanto para interrumpir un embarazo como para procurar la experiencia vital de ser madre.



IV. Prejuicios y mitos sobre la sexualidad y sus consecuencias en la vida de las mujeres jóvenes

Resistiendo al deseo propio y ajeno

Esta investigación que habla sobre el aborto en mujeres jóvenes nicaragüenses requiere del análisis de la sexualidad, específicamente de cómo se construyen las ideas sobre el cuerpo, el deseo, las relaciones heterosexuales, la fecundación, el embarazo y la maternidad, ya que todos estos elementos están implicados en el dilema del aborto.

Los significados que cada sociedad y en cada contexto histórico le atribuyen a la sexualidad tienen un peso determinado en la vida de hombres y mujeres a partir de sus particulares biografías personales, familiares y sociales. Así, esta investigación parte del análisis de cada una de las historias de las mujeres jóvenes y adultas entrevistadas, en directa relación con los entornos socioculturales que moldean valores sobre la sexualidad y la reproducción.

La sexualidad de las mujeres jóvenes se construye a partir de, y en conflicto con una serie de tabúes, prejuicios y creencias que tienen en su origen la subordinación de la sexualidad a los fines de la reproducción. El cuerpo de las mujeres es educado para responder a las expectativas del deseo masculino tanto en la dimensión erótica como en la afectiva. Como señala Marcela Lagarde, no se necesita practicar una religión para asumir ciertos mandatos que provienen de un orden sobrenatural:

“Todo lo que tiene que ver con los géneros está permitido o prohibido, y en el terreno genérico hablamos de prohibiciones “sagradas” o de “tabúes”. Los tabúes son prohibiciones que provienen de poderes sobrenaturales y cuando se transgrede un tabú, se está cometiendo un atentado contra esos poderes extraordinarios, contra algo natural que constituye un orden previo y obligatorio.” (p.125)

La virginidad, la fidelidad, la disposición a complacer a la pareja y la represión sobre el propio placer forman parte de los atributos necesarios de toda mujer

que quiera formar un hogar con prestigio y reconocimiento social. En palabras de Lagarde:

“Como el sentido de la vida esta concretado en él, el cuerpo es el máspreciado objeto de poder en el orden de géneros. Las instituciones disciplinan, controlan y recrean los cuerpos a través de variados procesos pedagógicos que permiten a las mujeres y a los hombres enseñar, aprender, internalizar, actuar o rehusar, las maneras del cuerpo. Cada quien cumple o incumple sus deberes corporales genéricos...” (p.144)

Las mujeres jóvenes en sus primeras relaciones sexuales se enfrentan al conflicto de resistir ante sus propios deseos y a la vez, establecer barreras de contención ante los requerimientos de los hombres que ven en las muchachas un medio para afirmarse ante otros hombres. Dos experiencias de mujeres jóvenes urbanas hablan expresivamente de las dos dimensiones de esta tensión: “...él me pedía y me insistía que tuviera relaciones con él, él me tocaba las chichas, él me tocaba, me pegaba unas grandes besadas y yo... no entendía porque me gustaba todo y luego una vez él me dijo: o vivís conmigo o nos dejamos”; “... de hecho se dieron cuenta por él. Sí, se dieron cuenta por él, porque él lo dijo.... fue como más vergonzoso porque lo sabían los otros varones.”

El cuerpo erótico como fuente de pecado es una de las construcciones simbólicas más antiguas e interiorizadas en las mujeres de todas las edades, pero en el caso de las jóvenes tal creencia se convierte en una barrera que inhibe la autoexploración, la experimentación con otra persona en condiciones equipotentes y la comunicación con las personas adultas, toda vez que podrían verse expuestas a juicios de valor que atenten contra la autoimagen que tienen de sí. Es así como la ha vivido una mujer rural discapacitada: “...hay personas que son muy conservadoras y todo lo hacen pecado, pecado es si te vestís de una manera que no está en los patrones normales...”.

La negación del placer a las mujeres es un rasgo común de la moral sexual patriarcal, sin embargo algunos cuerpos de mujeres son objeto de restricciones específicas en relación directa con las múltiples expresiones de discriminación de que son objeto. Como señala Lagarde:

“En esos cuerpos sexuados se desarrollan capacidades que abarcan desde habilidades físicas y subjetivas-maneras de hacer las cosas, destrezas, habilidades-, hasta deseos, formas de realizar los deberes y de acatar las prohibiciones, maneras de pensar, de sentir, es decir, maneras de ser asociadas siempre a posiciones políticas. Cada cuerpo implica oportunidades y limitaciones de vida.” (p.143)

Los cuerpos de las mujeres discapacitadas están el centro de las restricciones relativas al placer erótico tal y como lo señalan dos mujeres entrevistadas que



viven con tal condición: *“...como yo quedaba en una silla de ruedas para ellos, era algo que yo no iba hacerlo ya”*; *“Ese es un rollo de todas las discapacitadas...que la misma familia dispone que vos... como sos discapacitada no tenés derecho a tener vida sexual... yo tenía 21 años cuando se dio mi discapacidad, pero cuando... miró que me enamoré de nuevo, ella me decía: hija, qué va a decir la gente, eso no podés hacerlo”*.

Como en todos los tiempos, también hay mujeres que transgrediendo los mandatos afirman su derecho al placer desentendiéndose de los juicios morales con que se castiga toda subversión: *“...por lo general siempre es el hombre el que quiere que la mujer se acueste con él, pero en mi caso no fue así, sino que de mí salió, porque era algo que yo también quería, que sentía, yo quería estar con él...”*

Guardianas de la Virginidad

En la experiencia de muchas jóvenes, el mandato de la virginidad sigue teniendo vigencia como marca que simboliza la entrega del cuerpo de las mujeres para satisfacer necesidades erótico-afectivas de los hombres y para reproducir su descendencia, señala Lagarde:

“Franca Basaglia ha enseñado que el mecanismo político es total. Plantea que el sistema funciona a partir de la expropiación del cuerpo femenino, y que cada mujer se erige sobre esa expropiación. La subjetividad de cada mujer marcada por dicha expropiación produce en ella la necesidad, el inconsciente e imperativo deseo de ser para-los-otros. La auto identidad femenina tiene una marca común construida en el cuerpo que sintetiza que los haceres, el sentido y el fin de la existencia no se encuentran contenidos en cada mujer sino en los otros.” (p.147)

La mayoría de las jóvenes entrevistadas reconocen haber creído firmemente en algún momento de su adolescencia que debían llegar “vírgenes” al matrimonio, así como su malestar ante el incumplimiento de esta norma. Al respecto dice una joven urbana de clase media: *“...De hecho me fue difícil porque yo era de las personas que decía: voy a llegar virgen a mi matrimonio, me voy a casar, voy a tener a mi hija pero casada. Cuando rompo ese esquema, obviamente me sentía mal, porque decía ¿y ahora qué va a decir la gente de mí?”*.

Los silencios que se establecen entre las adolescentes y jóvenes en torno a la virginidad hacen más difícil romper el mito y propiciar una comunicación asertiva entre pares que coadyuve a la prevención de embarazos no deseados. En tal sentido comenta una joven urbana: *“...Todas inventábamos que éramos vírgenes, pero todas no éramos vírgenes, nos engañábamos, nunca nos decíamos nada, y luego que yo salí, salieron dos más, entonces yo supe que ni ellas ni yo éramos*

vírgenes... yo no le contaba a nadie...". Tanto valor se confiere a la virginidad que ésta entrevistada reconoce el miedo a las consecuencias que tal hecho podría tener en el reconocimiento de su grupo de referencia: "...Si nosotras contábamos que no éramos vírgenes yo pensé que mis amigas se iban alejar de mí. O si no, ellas les iban a contar a los chavalos y los chavalos ya no se iban enamorar de mí porque se iban a dar cuenta que ya había tenido relaciones".

La virginidad como hemos podido constatar en las vivencias de las adolescentes y jóvenes representa uno de los mecanismos más sofisticados en la construcción de las nociones sobre el cuerpo y la sexualidad exclusivamente de las mujeres. Todavía no se ha investigado suficiente sobre las implicaciones que el cumplimiento o la transgresión de este mandato tiene sobre la experiencia erótica de las adolescentes y jóvenes mujeres, pero también sobre la calidad de sus relaciones con los hombres.

Sabemos que aun las que han desafiado el mandato de llegar vírgenes al matrimonio continúan viendo la ruptura del himen producto de una penetración, en una dimensión de "pérdida" de algo valioso en la vida de las mujeres que evoca difusas imágenes de pureza que se suponen propias de las "vírgenes". La gravedad de esta asociación es que las propias adolescentes y jóvenes a la ya disminuida imagen que les devuelve la cultura sexista y misógina, le agregan un sentimiento de pérdida de valor por haber "entregado" su cuerpo a un hombre fuera del matrimonio.

En contraposición, los hombres adolescentes y jóvenes mantienen casi intacta la expectativa de casarse con una mujer "virgen" a la vez que requieren de la disponibilidad de otras que habiendo perdido tal condición, estén dispuestas a compartir con ellos momentos de placer; en este juego frecuentemente inconsciente volvemos a encontrar la marcas de la distinción entre las buenas y las malas mujeres que tanto daño han hecho a unas y otras.

Particularmente en los sectores de clase media el matrimonio de un muchacho con cierta experiencia sexual, con una muchacha virgen o que su primera vez haya sido con el candidato a marido, continua estando presente como expectativa de realización de una norma que les asegure reconocimiento social. Este esquema de reglamentación de las relaciones heterosexuales basadas en la ignorancia y el miedo, tiene un peso relevante en problemas como las enfermedades de transmisión sexual, los embarazos no deseados y el aborto.



El embarazo es un misterio

Al momento de su primera relación sexual la mayoría de las jóvenes entrevistadas pero también las mujeres adultas desconocían o tenían información fragmentada sobre el proceso de fecundación y el embarazo. Si bien la mayoría de ellas nombran las escuelas, las universidades y las amigas como espacios en donde han recibido algún tipo de información, reconocen que la misma ha sido insuficiente para comprender las conexiones básicas entre ovulación, penetración, eyaculación y embarazo. En el mismo sentido, es sumamente precaria la información recibida en torno a la prevención de las enfermedades de transmisión sexual y nula la relativa a la violencia sexual.

Los siguientes relatos de algunas de las entrevistadas exponen con claridad lo lejos que estamos en sociedades como la nicaragüense, de avanzar hacia un modelo educativo que desmonte los mitos y prejuicios sobre la sexualidad y proporcione información pertinente y oportuna a adolescentes y jóvenes como la mejor estrategia de prevención:

“Yo tenía relaciones sin saber que de ahí venía un embarazo. Yo pensaba que el embarazo venía solamente cuando uno quería tener un hijo era que lo hacía que viviera en la barriga, pero que el hecho de tener sólo la relación pensaba que no” Mujer con discapacidad.

“Ellas me decían que cuando yo llegara a tener relaciones sexuales tenía que subir los pies para arriba o me tenía que ir a bañar y que (con) eso me salía todo, entonces yo les creía...El único remedio que sí lo logré hacer era beber mucho jugo de limón cuando me bajaba la regla y me la cortab...me bajaba pero... menos cantidad” Joven urbana.

“Lo que las chavalas de mi edad sabían pues, que en algún momento iban a tener relaciones sexuales; no sabía nada de los anticonceptivos, y no me hablaban de las pastillas, de las inyecciones y todo, pero gracias a Dios no quedé embarazada en mis primeras relaciones ...Mi mamá no me había dicho nada, porque ella tampoco sabía nada, entonces era ignorante en ese sentido y por eso fue que salí embarazada” Joven urbana universitaria.

“Información tenía pero lo de clases, que siempre te dicen que los órganos femeninos de la mujer eran para reproducir y que nosotras teníamos que parir, esa era la información que tenía. Pero también tenía otra información cuando estaba en el Colectivo: que usara métodos, que estaban los métodos de planificación” Joven urbana.

“...A la edad de los 14 años yo quedé embarazada del primer bebé...sin ninguna información, uno no sabe o tal vez por la pena que uno tiene a veces no busca... Por eso fue que quedé embarazada” Joven rural.

En relación a cómo se enteró de su embarazo, una joven urbana explica las evidencias relevantes para ella: *“...Fueron varios factores, en un primer momento llámenle sexto sentido pero lo sentí, lo presentía, aparte de eso ya era como el día 24 y mi período estaba relativamente cerca porque me toca los 28”.*

Pero aun teniendo alguna información resulta difícil para las adolescentes y jóvenes recurrir a servicios públicos de salud que les brinden asesoría en el uso de métodos anticonceptivos más apropiados para su situación, tomando en cuenta el predominio de la doble moral en torno a la sexualidad que no asegura el respeto y la confidencialidad por parte del personal de las instituciones sanitarias.

Como consecuencia directa de entornos que enjuician la actividad sexual particularmente de mujeres adolescentes y jóvenes; la poca y a veces nula información sobre sexualidad, la falta de servicios públicos apropiados y considerando que gracias a la cultura machista son las mujeres las principales responsables de prevenir embarazos, varias de las entrevistadas reconocen haber utilizado métodos inapropiados e inseguros que dieron como resultado la ocurrencia de embarazos no deseados: *“Cuando teníamos un tipo de relación y por no utilizar ningún tipo de método anticonceptivo provocó que conociera esa píldora y la utilizara ...Por lo general, cuando teníamos relaciones, el único método que utilizábamos, del que confiábamos, era que no terminaba dentro, hasta que después leímos un libro y me informé que aunque ésta persona termine afuera hay momentos en que hay expulsiones de semen previo a la eyaculación, entonces fue cuando me comencé a preocupar...”.* Quien así habla es una joven urbana universitaria que salió embarazada durante el último año de su carrera.

Las ideas negativas relacionadas con la sexualidad y los silencios que prevalecen en el entorno familiar limitan la posibilidad no solo de tener acceso a información adecuada, sino de buscar otras iniciativas que les permitan utilizar correctamente algún método anticonceptivos: *“En un primer momento pensé ir donde una ginecóloga pero eso implicaba decirle a mi mami, recurrir a ella porque no quería ir a cualquier centro de salud, entonces no quise abocarme a ella porque obviamente lo que iba a pensar es que al tener novio pues iba a pensar segundas ideas, entonces no lo hice”.*

En el mismo sentido una joven de la Costa Caribe explica las dificultades con el uso de algunos métodos: *“...Ya a los 19 años yo comencé a organizarme... Metida en capacitaciones y ya sabía muy bien los métodos anticonceptivos que existían... Desde mi primera relación sexual comencé a utilizar el condón, después...la pastilla diaria... que en mi caso era muy complicado porque por andar de aquí para allá se me olvidaba, como que no era un método muy adecuado para mí”.*



Una mujer urbana universitaria comparte su resistencia a usar métodos anticonceptivos por miedo a los efectos colaterales que estas tengan sobre su salud: *“En primera estaba el hecho de que no estaba tan dispuesta a querer contaminarme el cuerpo utilizando pastillas anticonceptivas diariamente, otro factor era que no era regular el hecho de estar teniendo relaciones...Por lo general olvido las horas que tengo que tomarme una pastilla y es un poco dificultoso y tengo entendido que provoca muchos desórdenes en las mujeres y no estoy dispuesta a eso”.*

Como tendencia general, no existe entre hombres y mujeres una comprensión de la prevención de embarazos como una responsabilidad compartida; por el contrario, en la mayoría de los casos dicha responsabilidad es asumida por las propias mujeres; sin embargo, algunas de las jóvenes entrevistadas reconocen haber confiado tal responsabilidad en el novio bajo el supuesto que ellos por experiencia siempre saben más:

“Porque confié en él, porque creí en él en un primer momento, el hecho de terminar afuera no iba a quedar embarazada, era totalmente una persona nueva en eso y se suponía que él conocía más que yo”.

“De hecho ese método como él me dijo que realmente era así y que lo había practicado con su anterior relación y no había sucedido eso yo confié totalmente en ese aspecto en él...”

“...Como él tenía algo de información me dijo que no quería que yo saliera embarazada porque estaba muy niña, pero hasta donde yo tenía entendido, él estaba solo conmigo, no utilizábamos ningún método, solo que antes de la menstruación en el periodo fértil que entonces yo no sabía que existía, él me compraba la píldora de emergencia porque no era muy seguido que teníamos relaciones, sino que en un mes, una vez...”

“Fue algo que sucedió por tanta insistencia de él, porque yo no quería. Después de tanta insistencia tuve relaciones y no me protegí. Pero gracias a dios que no quedé embarazada tampoco.”

“Yo a los 14 años estaba por terminar el sexto grado y me fui de la casa con él. Él sabía (de métodos anticonceptivos) pero no sé por qué no dijo nada.”

Recurriendo a Dios cuando no hay prevención

Los mitos y prejuicios aprendidos e interiorizados sobre la sexualidad no han dejado espacio para el conocimiento científico, comprometiendo el sentido común de las y los jóvenes y aumentando el riesgo no solo de embarazos no deseados sino de toda suerte de dificultades en la vivencia de sus relaciones sexuales.

Todas las entrevistadas proceden de familias cristianas y se definen como creyentes no practicantes; si bien en esta investigación no indagamos específicamente sobre la influencia que la religión tiene sobre sus creencias alrededor del cuerpo, del embarazo y del aborto, se advierte en el lenguaje de varias de las entrevistadas una angustiosa acogida a la imagen de Dios como principal garantía para evitar un embarazo cuando han tenido relaciones sexuales sin penetración. En todo caso resulta paradójico o cuando menos desconcertante que ese mismo Dios que reclama pureza de los cuerpos en oposición al gozo sexual, sea el mismo al que acuden las mujeres para rogar por la no ocurrencia del embarazo después de una relación sin protección.

Para autoras como María López Vigil (2006) se trata de las diferentes imágenes de Dios construidas desde las instituciones religiosas y de otras recreadas por las personas creyentes en la intención de adecuarlas a sus necesidades:

“...Primera imagen: un dios sin sexo pero con género masculino; segunda imagen: nos hacemos a través del sufrimiento por la carga de nuestras culpas producidas por el pecado original y los que le vamos añadiendo en nuestra vida; tercera imagen: juega con un control remoto a distancia, arrojándonos desgracias naturales o salvándonos de las mismas, pero que nos exime de la responsabilidad de nuestras decisiones; cuarta imagen: un dios lejano con el que solo podemos comunicarnos a través de intermediarios: días, lugares, ritos o personas consideradas como sagradas” (p. 63)

En cualquier caso sabemos que estos llamados de auxilio a un ser superior llamado Dios, están atravesados por la angustia y la impotencia personal ante un hecho consumado que ya no podemos enmendar; rogar a Dios para que impida el embarazo es la única opción que queda antes de enfrentarse a la difícil decisión de continuar o interrumpir un embarazo no deseado. Algunas expresiones como estas se hacen presentes en las narraciones de las entrevistadas:

“...Después de tanta insistencia tuve relaciones y no me protegí. Pero gracias a Dios que no quedé embarazada tampoco”.

“No sabía nada de los anticonceptivos, y no me hablaba de las pastillas, de las inyecciones y todo, pero gracias a Dios no quedé embarazada en mis primeras relaciones”.

La maternidad es sagrada

La sacralización de la maternidad representa uno de los relatos simbólicos más fuertemente interiorizados en la vida de las mujeres y también de los hombres aunque para estos últimos conjugados con matices más pragmáticos y utilitarios.



Junto a la idea de la maternidad como mandato divino convive la idea de la maternidad como “instinto” natural que poseen todas las mujeres normales, gracias al cual las mujeres estarían dotadas de una predisposición para desear la maternidad.

Sacralización e instinto forman las dos caras de la construcción de la identidad femenina en torno a la maternidad; así, todas las mujeres necesitan vivir la experiencia del embarazo y de la maternidad para realizarse a plenitud como mujeres. Como señala Lagarde:

“En nuestras culturas y sociedades, los cuerpos de las mujeres se dividen en dos categorías diferenciadas y especializadas. La primera de ellas es la materna, destinada a la producción de los otros ámbitos de la domesticidad. Toda nuestra vida está hecha para cumplir con este objetivo...” (p.91)

La maternidad representa uno de los mandatos por excelencia que construido desde el poder patriarcal, se impone al conjunto de las mujeres independientemente de sus deseos, de sus circunstancias, de sus habilidades. Como señala la autora antes citada:

“Las mitologías cosmogónicas y las ideologías religiosas, esotéricas, estéticas y científicas, entre otras, fundamentan las creencias en que los deberes de género no son socialmente producidos sino imponderables naturales. Y, como una de las vías de aprendizaje de los contenidos de género, se realiza en las relaciones próximas, directas e íntimas con las personas más significativas del entorno, las enseñanzas de género adquieren el rango de mandatos: son órdenes todo poderosas, inobjetable e irrenunciables dadas por quienes poseen la verdad y el poder.”(p.144)

La presión cotidiana que mujeres y hombres ejercen hacia las jóvenes que “todavía” no son madres se expresa en un sinnúmero de aparentemente ingenuos comentarios cotidianos que apelan a los más variados argumentos para persuadirlas de la inevitabilidad de la maternidad, entre los que destacan: el deber de cumplir con la misión de las mujeres en el mundo, la garantía de retener al marido, la previsión del cuidado cuando se hagan mayores, al conjuro de la soledad en el presente, la maternidad como una experiencia grandiosa a la que ninguna mujer debería renunciar. Como señala una joven urbana, estudiante universitaria: *“Siempre están: que te va a dejar el tren, que un hijo es necesario, que una mujer tiene que tener siempre un hijo, que quién me va a pasar un vaso de agua cuando esté enferma, que nadie te va a ver, que vas a morir sola, que nadie te va a ver cuando te estés muriendo”*.

La maternidad está en el centro de las definiciones de la identidad femenina que al ser presentado como una entidad monolítica e inalterable, no les permite a las mujeres cuestionarla y mucho menos negarla. En palabras de Lagarde:

“No cumplir con los deberes, los mandatos y los estereotipos coloca a cada quien en el terreno de la prohibición sagrada, de la infracción, del tabú. Con esta pedagogía de identidad se considera obvio que está en la naturaleza de las mujeres ser mujeres, de los ancianos ser ancianos, de los negros ser negros y así sucesivamente. El Dogma consiste en que cada quien debe ser conforme a la manera inherente a cada sujeto.” (p.145)

Las mujeres jóvenes a la vez que son receptoras de los relatos de la maternidad centrados en las dimensiones psicoafectivas satisfactorias que ésta representa, desde su propia experiencia como hijas ven en la maternidad un poder ambiguo en el que coexisten de manera problemática el afecto y el cuidado junto con el sacrificio, la renuncia, el control y la imposición. Por ello resulta comprensible que la mayoría de jóvenes entrevistadas a través de sus narrativas expresen una profunda contradicción entre el mandato idealizado, sus sentimientos respecto de la maternidad y las condiciones psicológicas, afectivas, económicas que deben considerar con responsabilidad al momento de tomar una decisión respecto de la continuación de un embarazo y el ejercicio de la maternidad.

El embarazo como causa de sufrimiento para las mujeres

Resulta de vital importancia para la comprensión de la complejidad del aborto, analizar a profundidad las expresiones de las entrevistadas para encontrar en sus experiencias la síntesis de la historia de las mujeres marcadas por la desigualdad y la discriminación pero también con posibilidades de tomar decisiones aun en circunstancias muy adversas. Sus relatos no solo hablan de la experiencia del aborto, sino del tipo de sociedades que crean las condiciones para que miles de mujeres se vean en la necesidad de recurrir a un aborto; habla también de la centralidad de los hombres en las relaciones sexuales y de la ausencia de protagonismo en el dilema de interrumpir un embarazo del cual fue partícipe directo.

Pero sobre todas las cosas, la experiencia de las mujeres que han abortado y de las que las han acompañado, habla con suficiente claridad de las instituciones públicas y privadas que han dejado su marca de oscurantismo e ignorancia en torno al cuerpo, la sexualidad y la reproducción. En tal sentido, para hablar del aborto desde posturas éticas solo es posible hacerlo reconociendo a las mujeres



que abortan como seres humanos que en muchos sentidos han sido víctimas de ideologías conservadoras que durante siglos las han ubicado en una posición de obediencia a los mandatos patriarcales y de culpables cuando revelándose a tales mandatos deciden interrumpir un embarazo.

En cualquier caso, el debate sobre la maternidad voluntaria tiene otras dimensiones que van más allá de la interrupción del embarazo; las mujeres que abortan como veremos en los relatos de las entrevistadas, de algún modo no están negando la maternidad como posibilidad, sino tomando decisiones frente a una circunstancia específica en la vida de cada mujer concreta, en donde el embarazo se presenta como un problema tanto en el plano psicológico como en el ámbito material de la sobrevivencia, como lo menciona una de las jóvenes urbanas entrevistadas: *“Algo que anhele no, pienso que tengo muchas cosas aun por hacer, seguir estudiando, preparándome, ir a otras partes, tengo muchas cosas por delante que no quiero dejar a un lado, por eso pienso que va a llegar el momento, pero quiero elegir el momento yo, no que el momento llegue y me sorprenda como me sorprendió”*.

Como señala la doctora Marta B. Rondón (2009):

“La experiencia del aborto de la mujer está mediada por su evaluación de la gestación y el aborto y de lo que pesan en su vida, por la capacidad que ella percibe tener para enfrentarse a estos eventos y por la manera que afronte los eventos subsecuentes a la terminación del embarazo” (p.6)

En tal sentido diferencia el malestar emocional que viven las mujeres causado por el aborto propiamente dicho, del que se genera por otras razones tales como el abandono, la pobreza, la posibilidad de alterar el proyecto de vida, el embarazo no deseado o impuesto por violación.

Las tensiones y conflictos presentes en la experiencia del aborto son de diversa índole: para algunas mujeres se trata de un pecado, por lo que la principal angustia está relacionada con la culpa por haber faltado contra lo que suponen la voluntad de Dios; para otras junto a la idea de pecado está presente la angustia de haberle fallado a la madre particularmente en lo que respecta a la pérdida de la virginidad; para otras el miedo ante la reacción violenta del padre o de la madre; y en otras experiencias prevalece la angustia de no poder hacerle frente a las dificultades que conlleva la maternidad.

Las siguientes narraciones resultan expresivas de la conjunción de sentimientos, preocupaciones y tensiones que están presentes en la experiencia de las mujeres jóvenes entrevistadas:

“Asustada totalmente. No sabía qué hacer, había hablado con un amiga exponiéndole mi posición...Era el hecho de poder abortar..., porque no

estoy lista, no estoy preparada ni psicológica ni económicamente, pienso que para llegar hasta en esa etapa realmente es planificar muy bien las situaciones, pero también influyó el hecho de que mis padres son bastante radicales y probablemente no iba a contar con el apoyo de ellos...”

“Es que yo a ciencia cierta no me la hice sino que fue mi mamá cuando sospechó, que me miró la panza, y pasaba vomitando; no me levantaba de la cama, todo me daba asco, entonces ella me llevó donde una amiga de ella, me sacó sangre y me hizo la prueba y ahí me dijo: Yo te dije chavala, que yo sabía que vos andabas con ese hombre y yo te dije que no te metieras con él, que me hicieras caso y ahora qué vamos hacer, si tu papá se da cuenta te va a matar y me va a matar a mí también...”

“...Miré que no fue un aborto terapéutico porque yo decidí hacerlo, y la verdad que no sé si lo mío fue como no tener valor a ser una mujer, a criar a este hijo y asumir.”

“...Entonces al mes siguiente me di cuenta de que no me bajaba la menstruación ni nada de eso y yo estaba asustada, pero no quise decirle nada a mi mamá porque yo sabía que me iba a pegar...”

“Me sentí mal, porque mis embarazos, mis hijos que tuve, yo estaba consciente, los deseé yo asumí el embarazo y la maternidad y todo, en ese momento tenía cómo criarlos ”

“...En el periódico sale un anuncio que ahí por Bolonia supuestamente ayudan a las mujeres embarazadas...Ahí les hablan para que se saquen la idea de querer abortar un hijo y entonces mi mamá me llevó como dos o tres veces, pero solo lo mismo me decían: que la pensara mejor, que tuviera el niño. También una señora que es como mi segunda madre, ella llegó a la casa y habló conmigo, me había dicho que me fuera con ella a su casa y que tuviera al niño y después se lo diera a ella para que nadie se diera cuenta”

“...Mi mamá actuaba de una manera muy posesiva, y le decía, si vos salís con otro embarazo ya no vas a contar con mi apoyo, entonces yo me sentía que ese reclamo también era para mí, entonces mucho menos que le expresara lo que me estaba pasando ”

“Cuando me dieron la prueba del positivo fue algo que no quiero...Fue un proceso muy duro porque como te había dicho, mi mamá no quería.”

“...Después pasó el otro mes y lo mismo y él seguía normal, llegaba a la casa , hable con él y le dije que no me bajaba la menstruación, que pensaba que estaba embarazada y él me dijo que íbamos a buscar qué hacer porque yo le dije que no quería hijos en ese momento, que estaba muy niña y él



dijo que tampoco quería y que me podía ir mal por mi papá y todo eso. Le dije que yo no quería tenerlo y me sentía mal, desmoralizada, no quería nada, me quería morir en ese instante “

“Me asusté, tenía pánico por mi papá. Porque él es una persona agresiva, si él me encontraba platicando con alguna persona, con algún muchacho, él me pegaba, pero me pegaba con palos, con manguera...Me asusté, lloré, tenía miedo por el aborto, no sabía cómo era, yo no sabía nada nunca había tenido algo en mi vientre, nada de eso, no sabía nada de eso...”

“Yo me sentí triste porque como uno no sabe cuándo esta así, pero uno de 14 años apenas está empezando, no sabe, pero como ya estaba en lo que estaba...”

“En el momento que yo regreso con la prueba le digo a ella, porque yo me suelto en llanto, no quiero quedar embarazada y ella me dijo que para qué estaba con alguien pues, entonces yo le digo que el hecho de que yo esté con alguien, no es que quiera estar embarazada, se di y se dio, pero yo no quiero tenerlo, pero ahora tenés que asumirlo, pero yo no quería.”

El aborto es una decisión responsable

Para hablar de la moralidad del aborto es necesario conocer los particulares contextos de las mujeres que deciden abortar y el peso que estos tienen sobre sus vidas y la de sus familias, particularmente cuando se trata de familias que viven en condiciones de precariedad no solo en una dimensión material. Muchas de las entrevistadas destacan además de la ausencia del deseo y de la incompatibilidad de ciertos proyectos personales con la maternidad, problemas en la calidad de los vínculos en el seno de la familia, así como, problemas económicos que ponen en riesgo la consecución en el corto plazo de proyectos que contribuyan a mejorar sus condiciones de vida:

“Estaba decidida porque yo valoré que tenía dos hijos que dependían de mí, por mi situación económica y estado emocional que no estaba bien en ese momento y mi discapacidad, entonces decidí interrumpir mi embarazo...Busqué un método o algo que no corriera tanto riesgo porque en ese momento estaba asumiendo los gastos. Me fui a un especialista, una clínica privada Lo hice porque me sentía en ese momento sola, valoré que mis hijos dependían de mí, que con un embarazo ya era muy difícil que me pudieran dar un trabajo y además de eso, no estaba preparada para otro hijo porque involucraba atención, involucraba muchas cosas que yo no podía dar. ”

“Creo que son un sinnúmero de situaciones para poder llegar a tomar una decisión. Creo que influye la situación económica, física, psicológica, pienso que las jóvenes en lo particular lo hacen igual que yo, porque no están listas y porque sus padres van a tener una mala reacción y las pueden hasta correr. También puede ser que el hecho de no saber qué hacer con un niño... Pero no están listas, no se tiene que dar en ese momento...”

“Porque no me sentía preparada y porque en realidad no quería un hijo; no quería porque es una responsabilidad grande no es así por así que una chavalita a esa edad iba a tener un niño y yo pensaba: Si mi papá se daba cuenta me iba a botar de la casa, me iba a decir que me fuera me iba echar a mi suerte y entonces no quería, no quería... En el momento es lo único que uno piensa que el aborto es la mejor opción... Eso pensaba yo, que solo abortando iba a estar bien porque en realidad no quería tener al niño yo, no quería.”

“...Me sentí muy mal porque a este bebé yo no le podía dar nada, porque me consideraba que no tenía nada, ni la seguridad de que pudiera nacer; entonces por eso decidí hacerlo.”

“...La mayoría de las discapacitadas no trabajan, no tienen recursos para asumir una maternidad, dependen de la familia, dependen de la pareja y más si la pareja es un hombre autoritario... También por el qué dirán”

“Después que terminé la relación con el papá de mi hija, conozco a otro muchacho y salgo embarazada, pero yo pienso que no era el mejor momento, ni emocional, ni económico. Volví entrar a estudiar y yo dije: si vuelvo a salir embarazada, entonces estoy otra vez chicle... Fue una decisión que la pensé, la recontra medité... Decidí que lo voy hacer, con mucho miedo, pero fue una decisión muy, muy, muy mía.”

“Eso fue entre los 15 ya cumpliendo los 16. Era adolescente, no iba a continuar los estudios, decía yo: dónde voy a vivir, qué futuro le voy a dar... Y sin mi novio, ni por cerca lo encontré para decir: es responsable... No es esto lo que yo quiero, quiero ser profesional, quiero ser algo en mi futuro...”

“Opté por abortar porque las limitaciones económicas que tenía, no me permitían tener un hijo.”

“...No estaba preparada para tener otro hijo, ya tenía uno y tenía mucho miedo a no poder enfrentar la tarea y a quedar sola nuevamente en términos de asumir la maternidad.”



“...Ella nos buscó...Llegó con la mamá, ella dijo que la había violado un chavalo vecino, pero nosotras nos preguntábamos el por qué del interés de la madre; tenemos la sospecha que el padrastro sea quien la violó...”

“...Ya el aborto lo miro con otra cara, antes como te digo era el infierno, era lo peor que podía haber Pero yo considero ahorita que si estuviera con este niño o esta niña, no sé mi vida fuera más difícil porque yo soy sola, en mi casa sólo mi hija...Estuviera muy difícil mi vida...Entonces pienso que era la mejor opción y estoy convencida. Si lo hubiera dudado, no lo hubiese hecho.”

La culpa después del aborto

La culpa representa una autovaloración negativa por haber cometido un acto reprochable, por ello está asociada a la noción del mal y del bien construida en cada época histórica y en sociedades determinadas. Estas nociones no son estáticas como podríamos verificar haciendo un recorrido en diferentes sociedades que muestran una amplísima gama de valores para diversas problemáticas. Temas como el afrontamiento de una ofensa a través de la “legítima” venganza, creencias sobre el carácter “maligno” de una persona con cierto tipo de deformaciones; el carácter pecaminoso de la menstruación, la aceptación de ofrendar a las criaturas o las vírgenes como ofrendas a los dioses o la legitimidad del aborto en los primeros 90 días del embarazo defendido por los primeros santos del cristianismo forman parte de la desconcertante evolución de las ideas sobre el bien y el mal.

Como señala Emilce Dio Bllichmar (1999):

“Si el juicio sobre la maldad de la acción no está presente, la misma acción puede despertar muchos otros sentimientos: orgullo, alivio, placer, indiferencia, pero no culpa. Incluso, una puede pensar... que ha transgredido ciertos principios, puede tener remordimientos sobre ese comportamiento en particular, pero no necesariamente concluir que una es mala.”(p. 165)

Según esta autora el juicio contra aquellas personas que han sido calificadas como malas, está acompañado de valoraciones negativas que generan en esa persona sentimientos de inferioridad, incapacidad, vergüenza, desaliento, temor por las consecuencias del acto cometido, aceptación del castigo recibido como una especie de “compensación” ante la falta cometida.

La culpa se siente ante la autoridad externa que tiene el poder para establecer previamente las nociones del bien y del mal; precisamente en ello radica el poder de la culpa, ya que la persona que se asume “culpable” muestra su arrepentimiento ante la autoridad superior que juzga los actos cometidos. En ello radica el poder de todos los sistemas de autoridad que empiezan en la familia y se conjugan con sistemas simbólicos de poder más sofisticados como las religiones y el Estado. Si las ideologías religiosas han establecido el pecado de la carne, el pecado de la homosexualidad, el pecado del aborto, no es de extrañar que miles de personas vivan con culpa su sexualidad, la prevención del embarazo y la interrupción de mismo.

Las mujeres forman parte de este colectivo humano atravesado por la culpa como instrumento de sometimiento a los mandatos patriarcales que han establecido rígidas normativas sobre el bien y el mal, dejando un amplio margen de enjuiciamiento a todos aquellos comportamientos que no se correspondan con el de las expectativas socialmente aceptadas entre las que destacan: la castidad, la humildad, la maternidad como función principal y en general el servicio a los demás. Las mujeres que se rebelan contra estos mandatos interiorizan de forma inconsciente la culpa y sufren a veces de forma interminable por haberse convertido en “malas mujeres”.

Las citas siguientes son expresivas de cómo la culpa se convierte en la principal forma de auto castigo que se imponen las mujeres luego de haber tomado la decisión de interrumpir un embarazo:

“Yo tenía la imagen de mis hermanas como que eran muy buenas Quería ser como ellas, pero me entero que la segunda había abortado Ante mis ojos, eso convirtió a mi hermana en una mala persona...”

“...Estaba totalmente decidida a hacerlo, eso pienso que fue un factor bastante importante en mi, que determinó que lo pudiera concluir;... Llegué a auto cuestionarme por lo que la gente a veces te dice: cómo puedes quitarle la vida a otra person...Pero también pensaba que yo también era un persona y que también tenía derecho a decidir y que era mi cuerpo... Yo también soy importante...Ya después salió mi mamá y yo vine y la abracé y le pedí perdón a Dios porque yo sabía que lo que había hecho estaba mal...Diario le oraba a Dios y le decía que me perdonara por lo que había hecho y a mi mamá también le decía que me perdonara que no lo iba a volver hacer.”

“...En mi forma de ser ya no era la misma, ya no era alegre, me valía todo, como que me amargué. Me sentía mal porque mi tía decía que iba a ir para el infierno..., decía, las que se hacen aborto no son dignas de irse al cielo...Simplemente pensaba que ahora voy para el infierno.”



“...Se me salieron mis lágrimas El médico me dijo que si yo sentía algún dolor por lo que él estaba haciendo, yo le dije que el dolor lo sentía en el alma...Fue algo muy difícil y muy duro para mí, porque hasta ese momento yo sentí que todo se me desmoronaba Yo me sentía tan mal, porque pensaba que tal vez era la niña que tanto había deseado en mis otros embarazos...Yo misma me culpaba y yo decía quien me mandó a estar con ese hombre...Yo le pedí perdón Dios, porque digo yo no soy quien para quitar vida o dar vida, entonces ese era mi malestar, y esa era mi arrechura...”

“...En ese momento no iba a la iglesia, por allá me acordaba de rezar, pero después de eso yo rezaba todos los días pidiendo perdón, e iba a la iglesia todos los domingos a pedir perdón por lo que había hecho Sentía como que si hice algo malo, yo tengo que ir a la iglesia a pedirle a Dios que me perdone..., que no me castigue, que yo hice algo malo...Ya después que yo quedé embarazada , cambié mi forma de pensar o de actuar..., cuando falleció mi hijo Cuando lo del aborto yo me acerqué para pedir perdón y ahora que falleció mi hijo yo me alejé , hasta pensar de que Dios me castigó Era una cosa de decir de que como yo lo quería Dios se me lo llevó... Desde chiquita me crié con que si te portas mal, Dios te va a castigar, que si vos hacés cosas indebidas Dios todo lo ve...Y todavía se me viene que si yo en ese tiempo quedé embarazada y me hice el aborto..., ese castigo él me dio; me acuerdo de que mi mama me dijo: cuando vos querás tener tus hijos tal vez no los vas a ni poder tener porque te sacaste el que tenés ahorita...”

A pesar del predominio de una imagen de Dios que está dispuesto a castigar a las mujeres que en algún momento necesitaron de un aborto, otras mujeres han logrado recrear una imagen de un Dios que perdona y comprende esta disyuntiva. Así los expresan algunas mujeres en sus relatos:

“...Fue un momento tan difícil...Como yo cargaba este peso que no me dejaba tranquila, me confesé con un sacerdote Bendito Dios que algunos sacerdotes han cambiado su mentalidad...Me encontré con un sacerdote y yo le dije: no me quiero confesar, pero si quiero platicar con Usted; él me dijo que a toda mujer le pasa pero que no me sintiera que iba ir al infierno... Yo quiero decirte que Dios te ama tal como sos, trató de fortalecerme en lo que era espiritual y no me sentí como si tenía que ir a la vela.”

“...Le ayudamos hace poco a una señora que es muy evangélica y llegó con la biblia y dice: hoy voy a dejar la biblia aquí porque a Dios no le gusta esto que voy hacer. La dejó en la sala. Me la llevé, le hicieron el aborto y se vino y agarró la biblia...Un día llegó y me dice: mire allá está Dios y sabe por qué lo hice, porque ni tengo para comer yo ni para mi otro hijo ¿y voy

a tener este?...Como igual yo tuve un Dios cuando mi abuelita me hizo que me arrodillara pidiéndole perdón o confesándole lo que había hecho...”

“Me echaba la culpa por todo esto que estoy haciendo...No hubiera hecho esto, no hubiera tenido relaciones con ese chaval..., pero también sentía un poco de alivio.”

El silencio para conjurar la culpa

En algunas de las experiencias analizadas en esta investigación la reacción de algunas jóvenes pero también de mujeres adultas que las acompañaron en el aborto, es la de silenciar la experiencia vivida en el intento de borrar de sus vidas la culpa y todos los sentimientos que de la misma se derivan:

“...Después de eso gracias a Dios se cerró el tema, no volvieron a tocar el tema...”. Joven urbana, cuarto año de secundaria.

“Eso de la religión, de lo que dirá mi mamá, cómo voy a sentir yo , un montón de cosas se te vienen a la mente, muchas cosas que te pasan en ese momento...Hubo como una semana que sentí que caí como en depre y después yo dije: este capítulo borrado, este capítulo cerrado.” Mujer urbana de clase media.

“...Tenía miedo de decidir, esa lectura del silencio que rodeó mi aborto, no me permitió libertad para acceder a otra alternativa que me permitiera liberarme ” Mujer urbana profesional.

“...Ese tema como que con mi mamá ya fue cerrado, no se volvió a tocar, no se vuelve ya hablar de eso, mi familia no se tenía que dar cuenta de nada.” Joven urbana universitaria.

“Sería genial que una amiga vaya a una clínica o yo misma vaya a una clínica y nadie me vea ni me esté juzgando, ni ese temor que es horrible, es horrible..., todo mundo susurrando...” Joven urbana organizada.

“Después de diez años de ocultar este tema sentía que mejor no hubiera pasado, empecé a hablar, a sentirme liberada e identificarme con otras mujeres que requerían de este apoyo.” Mujer rural.

“...Sentí como que era un tema delicado , entonces mejor callarlo, porque si yo lo decía a otra persona me iban a empezar a discriminar...” Joven urbana universitaria.



“...Después de dos años nos damos cuenta que una primita de catorce años estaba embarazada y la familia se vino para Managua, le hicieron el aborto clandestino y aunque toda la familia sabía, de este tema nadie hablaba en la comprensión que fue la mejor decisión.” Joven urbana profesional.

Si bien hay mujeres que han vivido la interrupción del embarazo como una decisión necesaria, la culpa como auto castigo por haber cometido una falta ante Dios, ante la madre, ante la familia, ante la pareja, se presenta como uno de los sentimientos que más daño provocan en las mujeres que han recurrido al aborto. El sentimiento de culpa resulta más frecuente y prolongado en el tiempo, en aquellas mujeres que están más fuertemente influenciadas por la noción de pecado inculcado por las ideologías religiosas, aun y cuando las mujeres no sean practicantes de ninguna religión en particular.

El sentimiento de culpa también se ve agravado por el hecho de que la mayoría de mujeres jóvenes que recurren a un aborto, no cuentan con entornos propicios para reflexionar sobre las causas estructurales que están detrás de todo embarazo no deseado, así como de la ilegitimidad de las leyes que penalizan el aborto. Por el contrario, muchas de las jóvenes después de la experiencia del aborto regresan a sus familias, a sus parejas, a sus grupos de referencia que optan por el silencio o por la condena, agudizando con ello el sufrimiento y la autoinculpación.

Como sabemos, la experiencia de interrumpir por embarazo por sí misma no implica un cambio en la vida de las mujeres, en términos de reducir las dependencias y fortalecer su capacidad de tomar decisiones. En esta investigación hemos encontrado valiosas reflexiones que nos permiten afirmar que muchas mujeres con pareja pueden después de un aborto enfrentar el riesgo de volverse a embarazar toda vez que los hombres se quedan al margen de esta experiencia y no muestran disposición alguna a participar en la prevención.

Por otro lado, la experiencia del aborto puede vivirse libre de culpas y de sufrimiento –a pesar de la clandestinidad- en entornos reflexivos, libres de sexismo, que permitan ubicar la experiencia no en los juicios de valor contra la mujer concreta que necesita abortar, sino en el conjunto de factores estructurales y contextuales que obligan a las mujeres a llevar a cabo esta decisión en el silencio.

Los hombres tienen algo que ver en el aborto

Las mujeres que abortan están rodeadas principalmente de mujeres, tanto de quienes les apoyan en la decisión de abortar, como de las que critican esta decisión en caso de enterarse. Las madres, las amigas, las vecinas, las mujeres de las organizaciones participan de una u otra manera en la experiencia de

interrumpir un embarazo; esta realidad junto a la falta de empatía de los hombres, quienes frecuentemente huyen o dejan en manos de las mujeres la decisión, hace que muchas mujeres piensen que el aborto es un problema que les compete únicamente a ellas, liberando a los hombres de toda responsabilidad en el afrontamiento de las consecuencias de las relaciones sexuales sin prevención.

Tanto mujeres jóvenes como adultas entrevistadas reconocen la necesidad de reflexionar sobre el aborto como una consecuencia de las relaciones desiguales de poder entre hombres y mujeres, gracias a las cuales se otorga a los hombres ciertas prerrogativas en el ámbito de la sexualidad que incluyen la decisión de cómo y cuándo tener relaciones sexuales y la evasión con demasiada frecuencia de la responsabilidad de prevenir enfermedades de transmisión sexual y embarazos no deseados. Aun cuando algunas mujeres han elevado su capacidad de negociación con la pareja en el ámbito del placer, continúa recayendo sobre ellas la responsabilidad de prevenir embarazos y de buscar alternativas para interrumpirlo cuando el mismo ocurre por accidente o por “descuido”.

“Ya decíamos que el aborto es difícil, es traumático. Tiene que ver con el abuso de poder que ejercen los hombres con las mujeres, las chavalas jóvenes son víctimas de esto y la ingenuidad con la que actuamos nosotras, tengo la relación y digo tal vez no salga, confiamos en eso, lo voy a hacer y ojalá que no salga. Lo dejamos en manos de la divina providencia y después nos damos cuenta que estamos hasta donde no es, como no era nuestro proyecto de vida desarrollar ese embarazo, no nos queda otra.”
Mujer adulta rural.

“Yo creo que la preocupación en otros casos...de trabajadoras domésticas que han tenido que pasar por esa decisión, yo lo que siento es que es una preocupación sólo de ellas...Están pensando en su preocupación, en su miedo, en que no van a poder...Ni siquiera están pensando en lo que él piensa. A mí me toca decidirlo.” Mujer adulta urbana.

“En mi experiencia personal el hombre ausente total, probablemente ni siquiera a él le dije. En otro caso muy cercano él acompañó a la pareja a abortar, asumió la parte afectiva, emocional y económica y ella asumió responsablemente su control ginecológico; ambos tenían mucho miedo pero los dos lo asumieron como pareja.” Mujer adulta urbana.

“...Le dije a una vecina y en ese momento ella me apoyó en acompañarme, pero yo no se lo acepté porque le dije que no quería que a ella le fueran a hacer algún problema...Dije ese problema yo me lo busqué y soy yo la que lo voy a resolver...Cuando salí de la clínica me fui donde una vecina y ella me dio como ese apoyo moral, ese apoyo emocional...” Mujer rural discapacitada.



La ausencia de los hombres es uno de los rasgos más evidentes en las experiencias de las mujeres que han abortado. Y aun en los casos que han estado presentes, no representan un apoyo emocional capaz de contener a las mujeres, por el contrario hasta pueden agregar malestares adicionales dada su falta de empatía. Así lo resumen la mayoría de mujeres entrevistadas:

“...Por lo general los hombres son los que dicen que cuando una mujer aborta es una asesina..., por lo que no saben en realidad del tema y porque nunca van a pasar por esa experiencia, para ellos es un crimen...” Joven urbana.

“Cuando me ha tocado acompañar a mujeres que vienen con sus parejas, eso me ha provocado mucho enojo hacia los hombres. Ha sido complicado no depositar responsabilidad en esos chavalos. Siento que en esas experiencias los hombres han intentado como mantenerse al margen, pero queriendo estar presentes físicamente como si eso menguara su responsabilidad en que las mujeres tengan que pasar por un aborto.” Joven urbana profesional.

“...Yo creo que él estuvo ahí siempre...Pero una de las cosas por las que él estaba ahí era por su religión: Cometí este error, pero ya no lo voy a volver a hacer, y con esta mujer me voy a quedar y voy a edificar mi hogar y esto lo vamos a borrar, y fue solidario pero su presencia fue también porque le convenía.” Joven urbana profesional.

“En un caso una chavala abortó porque estaba teniendo relaciones a escondidas de sus papas, el novio la apoyó pero hasta ahí termina su responsabilidad, todo el camino hasta practicarse el aborto lo hizo sola, acompañada por mí, él estaba de acuerdo con que era un problema que los padres se enterarán...” Mujer adulta urbana.

“...Estaba desesperada, lo busqué, no lo encontré Busqué a mi novio y él desapareció. Andaba trabajando, lo buscaba donde los amigos, total, no di con el...” Joven urbana universitaria.

“En mi caso, mi pareja lo único que ha hecho es no oponerse o aceptar mis decisiones, pero yo no me he sentido acompañada por él...” Mujer adulta rural.

“...Tuve una experiencia de aborto por elección , lo decidí sin culpa, tenía miedo del procedimiento médico, tenía miedo porque además me sentía sola y me tocó ir sola a la clínica”. Mujer adulta urbana.

*“...Ahí nomás le conté y él solo me preguntó qué vamos hacer, vos decidís qué es lo que querés hacer...Es dejarme toda la responsabilidad a mí ,como si sólo yo fuera, o sea, dónde está la cuota de responsabilidad de él, siento como que lo dejó todo fácil para que yo decidiera por él, acomodarse a lo que yo diga, si te hacés el aborto está bien, si no te lo hacés está bien, pero la decisión siempre va a caer sólo en vos, entonces, yo lo sentí así, que toda la responsabilidad me la dejó a mí y él sentirse cómodo de decir sí o no”.
Joven de la Costa Caribe.*

Una mujer rural con discapacidad resume su experiencia con mucho dolor y coraje frente al desprecio mostrado por el hombre que le provocó el embarazo: *“...Como ya me miró de nuevo bonita y ya había pasado toda mi etapa difícil me dice: ¿Señora como está?, y yo le digo: Usted señor iba a ser papá de nuevo, y me dice: estás loca, saber quién te embarazó...Si hubiera sido otro tipo de hombre, creo que él me hubiera apoyado...”.*

Probablemente porque muchas mujeres no encuentran en los hombres con los que conviven una escucha empática ni una actitud respetuosa hacia sus sentimientos y decisiones, las mujeres se ven obligadas a interrumpir un embarazo en secreto aunque ello les genere mucho malestar: *“...Porque todas mis amigas aunque nosotros les demos la mano... me llaman llorando y me dicen me siento mal, si se diera cuenta él, lo que hice; pues aparte de que te lo hacés escondido quisieras algún día confesárselo, pero no se lo podés confesar porque cómo va a reaccionar ese hombre.”*

Después del aborto...

Por su parte, las mujeres que han acompañado a otras en la decisión de interrumpir un embarazo, reconocen sentimientos en los que se mezclan la empatía con las preocupaciones no solo respecto de asegurar calidad de servicios, calidez en el trato y accesibilidad en términos económicos; sino, por cómo las mujeres incorporan esta experiencia en sus vidas. Si bien esta preocupación se enfrenta a la dificultad de que no todas las mujeres que solicitan apoyo tienen un vínculo previo, la propia experiencia del aborto representa en algunos casos un punto de partida para iniciar vínculos afectivos pero también políticos que contribuyen a reflexionar sobre la experiencia y aprender de la misma.

“En el acompañamiento con mujeres jóvenes cercanas y no cercanas la tensión para mí ha sido lo que ellas piensan después de practicarse un aborto, porque si bien yo me siento segura de acompañarlas y apoyarlas en una decisión muy personal, me da mucho miedo que puedan sentirse culpables o que piensen que nunca van a volver a tener hijos o que el aborto es la causa de que no tengan una sexualidad satisfactoria...En otros casos



me he preocupado que se hagan sus chequeos médicos, que planifiquen, me he encargado de decir: si la sexualidad es rica, lo único que tiene que hacer es aprender a usar condón.” Mujer adulta urbana.

“Yo me vinculo afectivamente con las chavalas que pasan por esta experiencia y aunque algunas han sido conocidas, también hay algunas a las que conocí en ese acompañamiento. He procurado saber qué pasa con ellas, nos hemos mantenido en comunicación...” Joven urbana profesional.

“Mi preocupación es más de hablar de cómo se sienten después de la experiencia. En una ocasión una de ellas me dijo: “Yo estoy bien, estoy súper feliz”; pero la otra me decía: “Yo quiero ser mamá quiero tener una familia”, entonces siempre que tenía la oportunidad hablábamos y eso ayudó a que ella reconociera que fue la mejor decisión que pudo haber tomado en esta situación.” Joven urbana profesional.

¿Qué aprenden las mujeres con el aborto?

Los aprendizajes de las mujeres que deciden interrumpir un embarazo por las razones que sean son en muchas ocasiones dolorosos y contradictorios, sin embargo, también representan un momento de inflexión que les permite revelarse frente a los mandatos opresivos. Es un momento crucial en el que las mujeres a pesar del miedo y de la angustia que provoca un embarazo no deseado, se colocan en el centro de sus vidas y afirman su derecho a tomar decisiones. Es también un momento de reconocimiento de la discriminación y de la violencia que viven no solo por parte de los hombres concretos, sino de las instituciones públicas que las condenan moral y legalmente sin ninguna consideración por sus sentimientos, sus proyectos, sus deseos.

Las siguientes reflexiones de mujeres que han acompañado a otras en el proceso de interrumpir un embarazo representan a nuestro modo de ver, uno de los más importantes desafíos en la defensa de la maternidad voluntaria y del aborto como dos dimensiones vitales de la emancipación de las mujeres:

“...A las mujeres nos han enseñado que nuestros cuerpos están en función del placer y de la paridera para los hombres pero ¿qué significa para una mujer pobre que ni siquiera está metida en ninguno de los espacios donde nosotras vamos, tomar la decisión de abortar, aún sabiendo que hay una sociedad que la va a condenar, que la va a señalar, que te pueden excomulgar y sin embargo, la mujer toma la decisión? Uno de los derechos es el derecho a decidir sobre mi cuerpo, posiblemente no tan informada, no tan concientizada, pero sí toma esa decisión. Porque yo me imagino que

una mujer que se va a hacer una aborto no piensa en el mañana, piensa en el momento y en el momento es decidir sobre este cuerpo que no ha sido propiedad de nosotras, ha sido propiedad de los otros...Imaginate para una mujer llena de tabúes, mitos, creencias, que decide abortar de forma clandestina y silenciosa, para mí esa fue una decisión que por primera vez las mujeres tomamos en la vida, que no es fácil , se trata de decidir sobre este cuerpo que no es mío y por eso tengo que hacerlo clandestinamente..."
Mujer adulta urbana.

"Recuerdo la primera vez que me tocó acompañar a aquella chavala, ya habíamos hablado de las cosas que era importante decirle: que no estaba sola, que no estaba haciendo algo malo, que después de ese proceso ella podía venir aquí, que la íbamos a acompañar. Yo creo que también les ha servido para activar algo: ya me hice un aborto, no quería hacérmelo, pero hay otras posibilidades" Joven urbana profesional.

"Con las que he tenido la oportunidad de hablar se sienten satisfechas por haber tomado esa decisión. Una de las chavalas que acompañamos que ahora sigue estudiando en una ocasión decía: "Yo estoy satisfecha con la decisión que tomé, soy dueña de mi cuerpo, nunca me voy a arrepentir de esta decisión que tomé"...Casi todas las mujeres con las que hemos hablado expresan satisfacción." Mujer rural adulta.

"...Creo que a la compañera le sirvió mucho para vivir mejor su sexualidad con otras parejas; en cambio el hombre volvió a embarazar a otra muchacha con la que no tenía una relación estable; la otra compañera no quiso abortar y a él se le hizo difícil porque estaba consciente de que no quería ser papá..." Mujer adulta urbana.

"...A algunas mujeres sí les ha servido como una factor de empoderamiento, se sienten más seguras sobre lo que van a hacer después, le quitaron el miedo al aborto y todo lo que implica, entonces eso te da más seguridad como para saber qué hacer...Hay jóvenes que desarrollan aunque sea una pequeña posibilidad de negociar el uso del condón; conozco el caso de una compañera doméstica que me decía: "Yo ahora no cojo si no es con un condón y aunque me digan que con capote no es igual, insisto en que tienen que usar eso"..." Mujer adulta urbana.

"El embarazo no deseado nos lleva a decidir abortar y ello está relacionado con el hecho que no hemos sido dueñas de nuestro cuerpo, pero el hecho de decidir en sí ya es una decisión tomada por una mujer, y tiene que



ver con su cuerpo, es una decisión personal, movida por la presión, por el miedo, que hacen que la decisión recobre mayor validez porque a pesar de que el contexto es adverso, que puede ser sancionada, a pesar de eso, está tomando una decisión.” Mujer adulta urbana.

“Yo lo veo como un factor de empoderamiento porque es la mayor transgresión que podemos hacer como mujeres ante la sociedad, no lo decidimos pensando en la sociedad, obviamente lo decidimos pensando en nosotras y en las circunstancias que nos invaden, pero al final, es la mayor transgresión que podemos hacer y es como la principal decisión que nos permitimos..., aun sabiendo que las mujeres no estamos educadas ni pensadas para decidir sobre nuestros cuerpos sino para que otros decidan...” Joven urbana profesional.

¿Qué piensan de las leyes punitivas las mujeres que han abortado?

En términos generales las mujeres jóvenes entrevistadas están de acuerdo con la necesidad de revertir las leyes que penalizan el aborto, si bien se advierte una clara tendencia a privilegiar su legalización en aquellos casos en que el embarazo sea producto de una violación o ponga en riesgo la vida de la mujer embarazada; asimismo, en algunas opiniones se advierte la preocupación de que la legalización del aborto por elección traiga como consecuencia el incremento del número de abortos practicados. Tal preocupación probablemente este influenciada por las campañas difundidas por los grupos conservadores a nivel nacional e internacional que contra toda evidencia presentan a las mujeres como personas irresponsables, incapaces de hacer un buen uso de la ley que les permitiría interrumpir un embarazo legalmente.

Los relatos de las mujeres jóvenes entrevistadas dan cuenta de las contradicciones existentes entre la propia experiencia de interrumpir un embarazo y las valoraciones que hacen cuando de cambiar las normas que penalizan el aborto se trata. Pareciera que cada mujer que vive la experiencia de abortar considera su experiencia como única, pero no logra conectarla con las otras mujeres que pueden enfrentar las mismas o muy parecidas circunstancias.

Esta falta de vinculación de la experiencia personal del aborto como consecuencia del predominio de la discriminación y la violencia hacia el colectivo femenino es posible vislumbrarse si el aborto continua ocurriendo en silencio y en la clandestinidad. En tal sentido, las siguientes narraciones de las jóvenes

entrevistadas son expresivas entre otras cosas, del nivel de influencia que han tenido los discursos de los grupos defensores del aborto terapéutico en Nicaragua:

“...Al menos terapéutico estoy totalmente de acuerdo que lo autoricen, igual el electivo pienso que lo deberían de legalizar y tomar ciertas medidas, como regular eso para que no se practique de manera constante y que no se ponga en riesgo la vida de una muchacha cuando se quiera hacer un aborto, que es lo más recomendable.” Joven urbana universitaria.

“La penalización yo creo que no tiene por qué, si ya la misma mujer se expone a algo como lo que yo viví, que sufre, como que tuviera una cárcel interna, ahora cargar con otra, otro peso más, como que estamos entrando a la edad media....Como mujeres creo que tenemos derecho a la vida y a todo lo que ella misma ofrece...Es permitido todo pero con las medidas necesarias, si vas a tener tu pareja, sentirte segura, si lo vas a tener, tenés que disfrutarlo Sentirte segura que esta pareja o esta persona no te va a lastimar sólo con el hecho de saber que estas embarazada.” Mujer rural discapacitada.

“Antes yo no sabía mucho del aborto, pero yo decía que era malo porque no sabía en realidad cómo se daba... Por qué se tenía que practicar un aborto una mujer; después de lo que me pasó, pues me di cuenta que no es malo, bueno, no a todas las mujeres, pero si a las mujeres que tienen en riesgo su vida, por ley se lo tiene que hacer, aunque yo sé que la iglesia católica no mira bien eso, para ellos es crimen, para mí no, para mí es una forma de que una mujer que se puede morir o una niña que fue violada puede salvar su vida...Yo diría que eso solo es opción de la mujer, eso solo la mujer lo puede decidir porque el cuerpo es de uno mismo, de la mujer, aunque por lo general cuando es una niña violada..., no tiene por qué tenerlo, no la pueden obligar.” Joven urbana, cuarto año de secundaria.

“...Pienso que se deberían de poner la mano en la conciencia todos los diputados, toda esa gente de la Asamblea y todos ellos porque muchas mujeres han muerto de eso y son mujeres que se deberían salvar y niñas también violadas por sus propios padres, tíos ” Joven rural madre de dos hijos.

“...Pero sí voy a favor del aborto, porque hay tantas niñas, mujeres violadas y para mí eso no es correcto que ella lo tenga porque van a vivir con ese trauma toda vida.” Joven urbana, quinto año de secundaria, madre de una hija.



“...Porque se lo hubiese dicho a mi mamá, me hubiese apoyado, o a otro familiar, pero en esto influyen dos cosas: la penalización y la parte religiosa...Creo que las familias deberían apoyar más a las mujeres cuando toman este tipo de decisiones...Es decisión de una misma. Mirá las niñas que son abusadas, salen embarazadas, ¿por qué penalizar eso?... ¿Por qué tienen que penalizar algo que vos querés y que nadie tiene que decidir por vos?, entonces para mí debiera de ser tu decisión, tu derecho”. Joven urbana madre de una hija.

“Yo creo que sí, que tiene que ser reconocido como un derecho, porque a ningún jerarca le afecta psicológicamente que una mujer aborte, a quién le va afectar psicológicamente es a la mujer, la mujer es la que va a tomar la decisión...Entonces ni a los políticos, ni a la jerarquía le daña el hecho que una mujer sea la que decida por su propio cuerpo y su propio bienestar... Mejor que haya una responsabilidad de decir que estos niños no vengán a sufrir aquí a este mundo..., un chigüín no deseado de una mujer que sea violada, ¿cómo va a crecer esa criatura psicológicamente?...” Mujer rural discapacitada, madre de dos hijas.

“Pero es que ya depende, porque si ellas ya tenían información y ya les pasó por pura babosada de ellas, por no haber querido que el hombre se pusiera el condón Ahí ya se ve mal, porque tampoco el aborto es un método de planificación, es para cuando se necesita hacérselo hay que hacerlo, porque es algo que duele, duele mucho, aparte de eso no es fácil practicarse un aborto aquí...” Joven urbana, madre de una hija.

Algunas opiniones de las jóvenes centran su atención en el derecho de las mujeres a decidir sobre sus cuerpos y su capacidad reproductiva como argumento central manejado por los grupos progresistas, los cuales en su argumentación a favor de la despenalización del aborto, parten del reconocimiento de los derechos individuales de todas las personas libres e iguales ante ley que pregonan las democracias modernas:

“...El aborto no debería de estar penalizado porque le está quitando el derecho a la mujer, están dominando el cuerpo de la mujer, no la dejan decidir libremente y al mismo tiempo que le violan su derecho, que deberían de dejarlo y que la mujer decida si quiere. Y en lo que es el aborto terapéutico, que debería de estar...” Joven urbana.

“...Todas las mujeres tenemos derecho a decidir sobre nuestra propia vida...Las mujeres tienen derecho a decidir qué es lo que queremos hacer,

con el derecho a decidir sobre nuestro cuerpo..., el derecho a tener o no tener hijos...Si yo no quiero tener hijos realizate un aborto...” Joven de la Costa Caribe.

“Yo supongo que sí, porque tal vez hay mujeres que no estamos capacitadas para tener un hijo o tal vez no tenemos apoyo...Es como un derecho que uno tiene, decidir por lo que uno quiere...” Joven rural, madre de dos hijos.

En el mismo sentido, las mujeres jóvenes y adultas que han acompañado a otras mujeres en la interrupción del embarazo, reflexionan sobre el impacto que las leyes punitivas tienen en la búsqueda de alternativas seguras y accesibles para las mujeres pobres que necesitan interrumpir un embarazo, pero también en términos de la salud y la vida de las mujeres:

“...Creo que afecta la salud de las muchachas porque ellas tienen miedo de ir al centro de salud o de ir a una ginecóloga, porque piensan que se va a dar cuenta de que se realizó un aborto”. Joven urbana profesional.

“...Hemos logrado hacer algunas coordinaciones para traer a algunas chavalas a Managua, pero antes allá podíamos resolver y claro que eso implica más dinero, se nos vuelve más caro.” Mujer adulta rural.

“...A partir de la penalización del aborto terapéutico ha habido como una cacería de brujas...Detrás estaba la percepción que los centros alternativos somos abortistas.” Mujer adulta urbana.

Para todas las entrevistadas es claro que la penalización del aborto terapéutico ocurrida durante el período electoral y cambio de gobierno (2006-2007) es una decisión política que en modo alguno responde al imperativo moral de defender la vida; por el contrario, hablando en nombre de la vida de un cigoto, los grupos conservadores de forma deliberada declaran su desprecio por la vida de las mujeres pobres. De tal manera, resulta evidente el interés de la clase política nicaragüense (sandinistas y liberales) de mantener el status quo de las jerarquías religiosas como expresión del pacto patriarcal vigente, cuyas raíces más antiguas se encuentran tanto en el pensamiento mágico-religioso como en el imperio de la ley.

La penalización del aborto terapéutico ha afectado principalmente a las mujeres pobres que se enfrentan a un embarazo de riesgo, incluyendo aquellos que ocurren por violación, estableciendo como un delito el derecho de cada mujer a



proteger la propia vida. Ello tiene implicaciones severas no solo en la eficacia de los programas públicos para reducir la morbi-mortalidad de las mujeres en edad reproductiva, sino para las nociones de ciudadanía del conjunto de las mujeres, toda vez, que se ven reducidas a cuerpos humanos sin valor inherente.

Prevenir el aborto... abortar sin riesgos

Más allá de las retóricas políticas de los grupos conservadores, un auténtico compromiso con la prevención del aborto requiere de sociedades con capacidad de transformarse a sí mismas para responder a las necesidades y expectativas de sus integrantes. Las viejas ideas con las que se fundaron las instituciones privadas y públicas, frecuentemente se convierten en un obstáculo para que las personas puedan vivir vidas satisfactorias.

Una sociedad verdaderamente comprometida con la defensa de la vida no promueve las guerras, no tolera la concentración de riqueza que genera tanta pobreza y muerte; no contamina el medio ambiente, no tolera ningún tipo de ejercicio de poder en clave de discriminación, no tolera ninguna expresión de sexismo y misoginia, no tolera ningún tipo de violencia hacia las mujeres, las niñas, los niños.

Una sociedad comprometida con la defensa de la vida requiere de la imaginación para vislumbrar la transcendencia de los cambios deseados: Imaginar un Estado capaz de educar a toda la ciudadanía desde edades tempranas, en el respeto a la integridad de todas las personas independientemente de su sexo y de su género; en el conocimiento de la sexualidad; en la erradicación de la violencia, en fin, en el aprendizaje de prácticas saludables y placenteras para vivir nuestros cuerpos en relación. Imaginar familias y organizaciones sociales capaces de incorporar en sus prácticas cotidianas formas de comunicación que permitan a todas las personas expresar sus sentimientos y deseos sin sufrir por ello ningún tipo de discriminación. Imaginar personas con conciencias libres de culpas porque las nociones del bien y del mal estarían en directa relación con el bienestar y la felicidad de todas las personas.

En un contexto de desigualdad, de violencia y de aprobación de leyes inmorales e ilegítimas, las mujeres entrevistadas coinciden en la necesidad de continuar trabajando simultáneamente tanto en la prevención del aborto, como en el

acompañamiento a las mujeres que necesitan interrumpir un embarazo de tal manera que puedan hacerlo en condiciones de respeto y de seguridad:

“...Pasar de un enfoque de salud sexual y reproductiva a otro de derechos en los procesos de formación con jóvenes; reconocer que las mujeres tenemos derecho a decidir sobre nuestros cuerpos, que primero estamos para nosotras mismas; pero también la necesidad de compartir entre nosotras..., para construir una ruta a seguir, para asegurar el acceso al aborto”. Joven urbana profesional.

“...Invertirle mucho a la formación. Ya sabemos que vía Estado es imposible, nosotras como feministas que tenemos un compromiso ético con el aborto, debemos buscar mecanismos para asegurar recursos y condiciones para las mujeres que optan por el aborto; tenemos que mejorar el acompañamiento sobre todo en los casos de las chavalas que no tienen contención en sus comunidades...” Mujer adulta rural.

“Yo le apuesto también a la articulación en red para asegurar los medios más eficaces y seguros para el aborto..., pensando en dar seguimiento a las chavalas o las mujeres que se practican un aborto yo creo que también sería interesante involucrar a psicólogas que trabajen las culpas.” Joven urbana profesional.

“Seguir trabajando con algunas médicas y médicos que son sensibles y están comprometidos con este derecho de las mujeres...” Mujer adulta urbana

“...Necesitamos otras herramientas para sensibilizar; porque en los talleres con las y los chavalos hablamos del aborto terapéutico, pero aun en estos casos hay resistencia a aceptarlo. La situación seguirá igual porque Daniel ha mantenido cautivos algunos votos católicos y evangélicos con la penalización del aborto terapéutico.” Mujer adulta urbana.



V. Algunas Conclusiones

Sociedades como la nuestra necesitan de una profunda y auténtica actualización respecto de los significados e implicaciones de la defensa de la vida superando antiguos mitos y tabúes que sirven de pretexto para el sostenimiento de múltiples sistemas de dominación, incluyendo el sistema patriarcal cuya milenaria pretensión fue y continúa siendo la subordinación de las mujeres. La verdadera capacidad de transcendencia de los seres humanos, está dada principalmente por la conciencia de responsabilidad con la propia vida y con el bienestar colectivo, pero desde el punto de vista ético no se puede tratar de justificar la sobrevaloración de la vida embrionaria, que sin duda es vida, en menoscabo de la vida de una adolescente, una joven, o de una mujer, cualquiera que sea.

La maternidad al igual que la paternidad constituyen una dimensión de vital importancia en la vida de mujeres y de hombres y en tal sentido forma parte del universo de posibilidades que tenemos como seres humanos dotados de sentimientos y de razón; pero en modo alguno es ilegítimo presentar esas dimensiones como obligaciones de ineludible cumplimiento. Mucho menos pretender que las mujeres asuman sacrificios extremos si es necesario, para satisfacer las expectativas sexistas que las ubican como un medio para la reproducción biológica de la especie y no como un fin en sí misma.

Si el ejercicio de la maternidad y la paternidad requieren de una disposición coherente para invertir una buena parte de las energías personales en la satisfacción de las necesidades de otros seres humanos por largos periodos de tiempo, defender el derecho de las personas a elegir resulta no solo un imperativo ético sino una condición de necesidad para que hombres y mujeres puedan desarrollar esta función con responsabilidad, creatividad y placer.

Como se puede constatar en la vida cotidiana, la maternidad más que la paternidad, tiene profundas implicaciones en la vida de las mujeres, no solo porque se les asigna la principal responsabilidad como cuidadoras de las criaturas, sino porque en la mayoría de los casos se ejerce en condiciones de discriminación. Esta realidad ha sido encubierta con discursos idealizados y sacralizados de la maternidad, destinados a lograr que todas las mujeres se identifiquen como madres y se dispongan a renunciar a otras fuentes de realización que tradicionalmente se han asignado a los hombres tales como el éxito intelectual, artístico, económico, etc.

Los resultados de la presente investigación ponen en evidencia el peso que la ignorancia científica tiene sobre la sexualidad de mujeres y hombres, reforzado con un pensamiento mágico-religioso que lleva particularmente a las mujeres, a dejar en manos de Dios la prevención de un embarazo no deseado.

Si una mujer joven en pleno siglo XXI cree que se puede evitar un embarazo poniéndose en cuclillas inmediatamente después de tener relaciones sexuales con penetración o bebiendo jugo de limón, esto es consecuencia directa de una educación pública ineficiente aun en conocimientos elementales que permitan conocer los aspectos básicos de la fisiología del cuerpo humano. ¿Sabrán las y los docentes de educación primaria y secundaria cómo una mujer puede conocer la duración del propio ciclo menstrual? ¿Sabrán en qué momento después de la relación sexual con penetración se puede llevar a cabo el proceso de fecundación? ¿Sabrán la diferencia entre fecundación y anidación del huevo fecundado? Con tanta y tan generalizada ignorancia ¿cómo es posible que las personas adultas acusen a adolescentes y jóvenes de ser “irresponsables” en materia de prevención de embarazos?

Damos por descontado que para evitar embarazos no deseados pero también enfermedades de transmisión sexual, ninguna opinión seria podría plantear como alternativa la represión del deseo sexual de las personas, incluyendo adolescentes y jóvenes, porque en tal caso no sería posible establecer un diálogo constructivo en torno a las consecuencias que tiene el aborto realizado en condiciones de clandestinidad y de sanción moral y legal. Una legítima preocupación para reducir el número de abortos es lograr que la gente que tiene relaciones sexuales, incluyendo adolescentes y jóvenes, conozca cómo puede ocurrir un embarazo y cómo evitarlo con métodos seguros.

La sociedad no puede seguir estigmatizando y condenando particularmente a las adolescentes y jóvenes que enfrentan un embarazo no deseado y se ven en la necesidad de recurrir a un aborto; evadiendo la responsabilidad que le corresponde a madres, padres, instituciones educativas y sanitarias, medios de comunicación y otros agentes que intervienen en la divulgación de ideas hasta ahora sumamente contradictorias y nada creíbles respecto de la sexualidad, incluyendo la dimensión de la reproducción.

El derecho de elegir implica tanto el deseo de ser madre/padre como el deseo de no serlo con el mismo grado de valoración social; solo así cobra sentido el concepto de maternidad y paternidad voluntaria. Respetar el no deseo es un indicativo de que la sociedad se ha liberado de ideologías profundamente autoritarias que pretenden despojar a los seres humanos y a las mujeres en particular, de su capacidad de discernimiento y de su responsabilidad sobre la propia vida.



Hablar de la maternidad voluntaria es también cuestionar todos los esencialismos de género contruidos por las sociedades patriarcales, que atribuyen particularmente a las mujeres una capacidad “innata” para dedicarse al cuidado de otras personas, despreciando el cuidado para sí mismas. Por el contrario, ahora sabemos que el deseo es una construcción socio-cultural mediada por la cultura, la cual actúa de manera específica en los individuos y colectivos humanos; es decir, que mientras miles de hombres desprecian la función nutricia que comporta la paternidad, miles de mujeres se ven obligadas a asumir una responsabilidad desmedida en el cuidado de las criaturas lo cual les impide el reconocimiento y la emergencia de otras identidades distintas a la de ser madre.

A pesar de la penalización del aborto en Nicaragua, incluyendo el que se podía realizar por razones terapéuticas, muchas mujeres en edad reproductiva pobres y no pobres, urbanas y rurales, universitarias y trabajadoras domésticas, casadas y sin pareja, jóvenes y adultas, con discapacidad o sin ellas, afrodescendientes y mestizas, en algún momento de sus vidas han necesitado de la interrupción de un embarazo y han debido hacerlo en condiciones adversas, atravesadas por el temor, la angustia, la desesperanza, la vergüenza y la culpa. Tales son los verdaderos dilemas humanos que preocupan a quienes como las feministas defienden la moralidad del aborto, en tanto un acto de suma responsabilidad de las mujeres con sus propias vidas pero también con la de posibles nuevas criaturas traídas por su medio a este mundo.

En un contexto de penalización legal y moral a las mujeres que en algún momento de sus vidas se ven en la necesidad de interrumpir embarazo, es necesario continuar trabajando para que puedan reconocer en esta experiencia no solo la consecuencia de la discriminación hacia las mujeres, sino la oportunidad de recobrar la capacidad de decisión sobre sus vidas, liberándose de las culpas patriarcales que pretenden clasificarlas en el lado de las “malas mujeres”, obligándolas a sufrir como medio de purificación del pecado. Por el contrario, las mujeres debemos recuperar otra mirada sobre el aborto que nos afirma como personas conscientes y responsables de decisiones trascendentes como es el hecho de la maternidad, siendo capaces de ponderar no solo el deseo mismo, sino las circunstancias y los recursos con que cuenta cada mujer para asumir semejante responsabilidad.

Más allá de la ilegitimidad e ineficacia de las leyes punitivas que prevalecen en países como Nicaragua, las participantes de esta investigación coinciden en la necesidad de “volvemos hacia el cuerpo”, para continuar reflexionando con mujeres y hombres jóvenes sobre el placer, el embarazo, el aborto, la maternidad y la paternidad como realidades que se pueden afrontar desde valores positivos que refuercen la toma de decisiones responsables y como hemos visto, en muchas ocasiones el aborto es una decisión profundamente responsable.

Lista de Referencias

- Alianza Feminista Centroamericana transformando la cultura patriarcal. (s.f.). *Mujeres y religión: ¿Siervas o ciudadanas?* Ediciones Gráficas "Las lilas". Centroamérica.
- Branciforte Laura. (s.f.). *La Maternidad: El tránsito desde la tradición a la elección en la edad contemporánea*. Universidad Carlos III de Madrid.
- Carril, Elina. (2000). *El deseo parental. El ayer y hoy de una construcción compleja*. Trabajo presentado en el 2º Coloquio: Los cambios en las relaciones sociales de género y su impacto en las decisiones reproductivas de mujeres y varones, organizado por la Cátedra Libre Salud Reproductiva, Sexualidad y Género. Facultad de Psicología-Universidad de la República. Junio.
- Dio Bleichmar, Emilce.(1999). La culpa y sus complejidades. *La depresión en la mujer*. Págs. 165-174. Madrid: Editorial Vivir Mejor.
- Juliano, Dolores. (s.f.) *Religiosidad y Feminismo*. Dossier del Ciclo de seminarios de reflexión y debates feministas contemporáneos del Programa Feminista La Corriente. (2010). Nicaragua.
- Klein Laura. (2005). *Fornicar y matar. El problema del aborto*. 1ª edición. Argentina: Editorial Planeta.
- Lagarde Marcela. Identidad de Género. Tomado del Dossier de la asignatura Organización Genérica de la Sociedad de la Maestría de Género y Desarrollo. Nicaragua: Universidad Centroamericana (UCA).
- Lamas Martha. (2001). *Política y reproducción. Aborto: La frontera del derecho a decidir*. España: Plaza & Janes.
- López Vigil, M., Blandón G., M. T., Flores, O. (2006). *Desde las mujeres, la medicina y la fe. Tres voces por el derecho a la vida*. Nicaragua.
- Marta Mojzuk. (s.f). *Ente el maternalismo y la construcción socio-política de la maternidad*.
- Ortiz Millán, Gustavo. (2009). *La moralidad del aborto*. México: Siglo XXI Editores.

Programa Feminista La Corriente. (2009). *Vivencias, Creencias y Cambios en la sexualidad de jóvenes nicaragüenses*. Nicaragua: Centro Editorial de la Mujer.

Rondón B., Marta. (2009). *Resultados de la investigación sobre las consecuencias emocionales y psicológicas del aborto inducido*. Lima: PROMSEX.

Rocha, José Luis. (2009). Revista Los 7 pecados capitales heredados a la juventud nicaragüense. *Envío*. Nicaragua.

Sau, Victoria. (1994). La maternidad una impostura. *Duoda, Revista d`Estudies Feministes*. 6, 97-113.



Programa Feminista La corriente
2011

